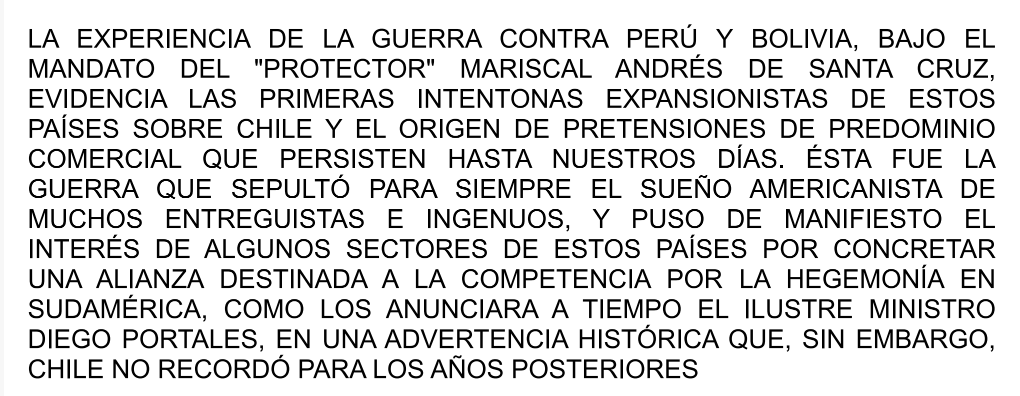


Ya no se admite Adobe Flash Player

LA GUERRA ENTRE CHILE Y LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA DE 1836 A 1839. LAS MOTIVACIONES, LA INFLUENCIA PORTALIANA Y LOS POSTERIORES INTENTOS DE REVISIÓN HISTÓRICA

-Ampliado y actualizado el 28 de marzo de 2008-


LA EXPERIENCIA DE LA GUERRA CONTRA PERÚ Y BOLIVIA, BAJO EL MANDATO DEL "PROTECTOR" MARISCAL ANDRÉS DE SANTA CRUZ, EVIDENCIA LAS PRIMERAS INTENTONAS EXPANSIONISTAS DE ESTOS PAÍSES SOBRE CHILE Y EL ORIGEN DE PRETENSIONES DE PREDOMINIO COMERCIAL QUE PERSISTEN HASTA NUESTROS DÍAS. ÉSTA FUE LA GUERRA QUE SEPULTÓ PARA SIEMPRE EL SUEÑO AMERICANISTA DE MUCHOS ENTREGUISTAS E INGENUOS, Y PUSO DE MANIFIESTO EL INTERÉS DE ALGUNOS SECTORES DE ESTOS PAÍSES POR CONCRETAR UNA ALIANZA DESTINADA A LA COMPETENCIA POR LA HEGEMONÍA EN SUDAMÉRICA, COMO LOS ANUNCIARA A TIEMPO EL ILUSTRE MINISTRO DIEGO PORTALES, EN UNA ADVERTENCIA HISTÓRICA QUE, SIN EMBARGO, CHILE NO RECORDÓ PARA LOS AÑOS POSTERIORES

****

El Mariscal Santa Cruz. Génesis expansionista de la Confederación

Andrés de Santa Cruz Villavicencio y Calaumana, nacido en 1792, había pertenecido al Ejército Realista hasta 1820, cuando se reclutó al mando de San Martín y de Bolívar con las fuerzas de liberación del Perú, luchando incluso en la histórica batalla de Ayacucho. En este contexto, formó amistad con importantes líderes militares chilenos, como el propio General Bernardo O'Higgins Riquelme.

En otro de esos curiosos cruces y trenzas que se observaron en los primeros años de las repúblicas recién emancipadas, Santa Cruz llegó a ser Presidente del Perú, en el período de 1826 a 1827. Aunque su breve Gobierno tuvo cierto prestigio y reconocimiento entre los seguidores de los que logró hacerse en el país incásico, su sucesor y alumno político, José de La Mar, acabó derrocado en 1829 por Agustín Gamarra, quien se convertiría en el más acérrimo enemigo de Santa Cruz al interior del Perú.

Tras haber regresado a su patria natal algo frustrado con los resultados de su primera intervención en el destino del Perú, Santa Cruz logró saltar a la presidencia boliviana en 1829, como sucesor ideológico y "bolivariano" del General Sucre tras el breve segundo Gobierno de Velasco. Esto, a pesar de que el Mariscal Sucre jamás confió en su persona y siempre sospechó de las ambiciones personales del caudillo, cuyo amplio currículum lo mostraba con el prestigio de victorias en Zepita, pero también con fracasos militares en el Alto Perú. Razón tenía Sucre: buena parte de las conspiraciones y los complots que le hicieron renunciar en 1828, fueron organizados desde el Perú por el propio Santa Cruz y continuaron siendo presionados por éste desde Bolivia.

Aunque se identificaba a Santa Cruz como uno de los pilares del confederacionismo republicano de América, solía ser objeto de burlas por el afrancesamiento de sus modales y actitudes sospechosamente parecidas a las de Napoleón (como sucedería medio siglo más tarde con Hilarión Daza, también presidente de Bolivia) especialmente después, al recibir la medalla de la Legión de Honor por el Rey Luis Felipe de Francia. Uno de sus enemigos peruanos, Felipe Pardo y Aliaga, burlándose de estos ademanes aristocráticos y contrastándolos con las facciones indígenas que veía en el caudillo, hizo publicar un panfleto con una canción que sonó por largos años en Lima:

> *"¡Torrón, ton, ton, ton*
> *que viene, que viene*
> *el cholo jetón!"*.

El título de esta sátira era *"La Jeta: Meditaciones poéticas por Monsieur Alphonse Chunga, Capac Yupanqui, Bachiller en Sagrados Cánones en la Universidad de Chuquisaca y miembro de l'Institut de París"*.

El más grande de los historiadores bolivianos, Alcides Arguedas, describe a Santa Cruz en términos mucho menos jocosos:

> *"Lo primero en él: su ambición. Una ambición loca, desenfrenada. Ambición de gloria, de honores, de títulos, de dinero".*
>
> *"(...) En esta pintura implacablemente cruel del caudillo sorprendido en la realidad de todas sus características, que luego se verán repetidas en los demás caudillos criollos bolivianos, de las costumbres políticas y sociales, de las instituciones, está resumida toda la historia de esos momentos y no se puede en espacio de dar idea más completa del carácter de Santa Cruz..."*

A pesar de todo, el caudillo supo ordenar al ejército, las finanzas públicas y la educación dentro de Bolivia, lo que le dio bastante notoriedad en la región y la garantía de un grupo leal de seguidores.

Fue éste el primer paso en la consolidación de un delirante y fantasioso sueño arraigado en los objetivos políticos del Mariscal: llegar restaurar la unidad Perú-Boliviana de la que gozaron ambos países durante el dominio incásico y luego durante la Colonia Española (Virreinato del Perú). De alguna manera, sin embargo, Santa Cruz sabía que la tutela de Bolivia sobre el destino político del Perú sería la garantía de grandeza del Altiplano y la ruptura al destino de sometimiento y subordinación al que parecía estar condenado el país por razones geográficas, culturales y políticas.

Sin embargo, si para los intereses particulares de Bolivia, Sucre se había propuesto la consolidación del sueño iniciado por el propio Simón Bolívar en el pueblo boliviano, es decir, la esperanza de salir al océano, Santa Cruz, en cambio, continuaría con este proyecto dentro de un objetivo mayor y más grandioso, como era la Confederación. Veremos que, si bien los historiadores le han bajado la relevancia a esta parte de los propósitos de Santa Cruz, tales formaban parte de los planes fundamentales de los planes confederacionistas del Mariscal.

Así, Santa Cruz fue, de alguna manera, el reflejo del estado de crisis política y moral en que cayeron casi todos los pueblos de América Latina durante el período de organización interna, cuando las arengas de unidad y hermandad dieron paso a toda clase de proyectos agresivos y de caudillos con afanes delirantes.

Debemos recordar que la burda identificación de este proyecto con la aspiración bolivariana de unidad continental, resulta no de los objetivos reales que pudiesen tener ambas aspiraciones, sino de la analogía con el frustrado plan de Bolívar de fundar la Confederación de los Andes compuesta por la Gran Colombia (Ecuador, Colombia y Venezuela) con el Perú, al que debía adicionarse el territorio altoperuano o Bolivia.

Las motivaciones del Mariscal para fundar la Confederación y expandirse sobre el territorio de los países vecinos, tienen una raíz oscura, arraigada en la criptopolítica.

Presuntamente, era la ancestral sangre inca en sus venas (por parte materna), la razón por la que el Mariscal se había propuesto la idea de refundar un nuevo Virreinato del Perú, al estilo de la restitución del Imperio Romano por el catolicismo germánico, pero ahora autónomo y bajo la inspiración del Imperio Incásico, reuniendo otra vez los territorios alguna vez dominados por el *Tawantinsuyu*: el Alto Perú (Bolivia), el Bajo Perú, Ecuador y toda el área Norte de Chile. En el máximo de sus aspiraciones, estas llegaban incluso al Norte de Argentina, según lo había anticipado el propio Mariscal Sucre en carta a Bolívar de 1823:

> *"Los porteños y otros dicen que el General Santa Cruz tiene por objeto de su expedición, apoderarse de las provincias del Alto Perú y Buenos Aires, formando un Estado separado y, por tanto, hay una oposición terrible*

> *a tal expedición, por los de Buenos Aires, a quienes les quitaría sus provincias".*

En un aspecto más sombrío de los antecedentes de la Confederación, Santa Cruz había fundado, en 1829, una logia masónica denominada *Independencia Peruana*, cuyo objetivo era, precisamente, lograr la unión confederada del Alto y el Bajo Perú, a los que el caudillo consideraba con un destino común momentáneamente interrumpido por la forma en que se dio el proceso emancipador de América. Su nombre de iniciado y líder dentro de la logia era *"Arístides"*, en alusión al general griego que promovió la unificación de las ciudades helénicas. Las referencias a héroes griegos, indígenas y norteamericanos abundaron dentro de sus miembros y sus símbolos.

> *"Este plan se realizará dentro del más profundo disimulo* -escribe Francisco A. Encina- *, obrando siempre en nombre del interés chileno, pactando con las facciones todo lo que éstas deseen, halagando las aspiraciones de cada una y empujándolas a destrozarse entre sí, exactamente como ha procedido en el Perú".*
>
> *"No atacará y si fuera provocado, eludirá la provocación. Negociará hasta conjurar el conflicto, sirviéndose del respeto del chileno por el derecho y por la palabra empeñada y de su miopía política. Los anhelos de fraternidad americana harán el resto. Y seguirá disolviendo lentamente al país, a medida que lo permitan las ocasiones espontáneas o provocadas, hasta que el cansancio y la necesidad arrojen en sus brazos este último jirón del imperio incaico. En la expansión que Orbegoso tuvo con Lavalle sobrebebido, le comunicó que, a pesar de que el Perú y Bolivia tenían 12.000 soldaditos y siete buques, Santa Cruz no pensaba atacar Chile".*

Como hemos dicho, Santa Cruz había sido también presidente del Perú, ocasión en la que rechazó una solicitud boliviana de salida al mar por Arica, en 1826, recalcando la falta de derechos de Bolivia para poseer costas. Ahora, recurriendo al Perú en calidad de mandatario de la nación boliviana, el Mariscal recibiría la misma negativa de este país que él había dado a Bolivia, cuando solicitó una salida al mar por esta misma ciudad. Bolivia podía despedirse, de ese modo, de sus pretensiones en Arica.

Afectado Santa Cruz por la resistencia peruana a desprenderse del puerto, optó por potenciar un minúsculo enclave marino que apropiaría de forma ilegítima, gracias a la indolencia de las autoridades de entonces, que nunca previeron problemas en esta presencia. Era la pequeña y humilde caleta pesquera de Cobija, situada en territorio chileno, en la costa atacameña cercana al río Loa.

No bien recibió el rechazo peruano a la propuesta de ceder Arica, Santa Cruz promulgó un decreto autorizando al Coronel Manuel Amaya a partir a Cobija, con un empréstito de $100.000, para implementar la caleta y convertirla en puerto conforme se venía intentando hacerlo cuanto menos desde 1827, con la creación de

un mítico "Departamento del Litoral Boliviano" que no aparece en la Constitución Política del Altiplano, publicada un año antes, desmintiendo la frecuente alegación de los autores paceños de que Bolivia nació con mar propio a la vida independiente, en 1825.

Sobre este decreto, Guillermo Lagos Carmona escribe:

> *"El Presidente de Bolivia, confiesa que "el único puerto de la República" es Cobija; pero es más bien imaginario. Materialmente no existe y para darle "existencia" hay que pedir un empréstito para ejecutar las obras. Títulos, ¿para qué? Bastan las espadas de Bolívar, de Sucre y la suya."*

La grandilocuencia y el tremendismo se apoderaron de la visión política de los bolivianos en su búsqueda de mar propio. En un informe de 1831, el "Gobernador del Litoral Boliviano", don Gaspar Aramayo, declaraba eufórico e iluso sobre su humilde caletita en Cobija:

> *"...llegará el día en que atraigamos toda la concurrencia de Valparaíso. Estamos colocados, se puede decir, a la vanguardia de todos los puertos de la Mar del Sur, y este punto es llamado para formar los grandes depósitos y surtir desde el mercado de Islay, Callao, Trujillo, Paita, Guayaquil, Panamá y toda la California".*

Pero Santa Cruz proyectaba simultáneamente la alianza de hierro entre Perú y Bolivia, además de la salida al océano de este último país en posiciones costeras propias y permanentes. Ambos planes pasaban necesariamente por un avance en territorio chileno. Éste sería el origen de las hostilidades entre Chile y Bolivia por la posesión del territorio de Atacama, posterior simiente de la Guerra del Pacífico.

Situación interna de Chile antes del conflicto. La Batalla de Lircay de 1830

Desde los asesinatos de Manuel Rodríguez y de los hermanos Carrera en manos de los "lautarinos", el prestigio del Gobierno del General Bernardo O'Higgins comenzaba a caer en la impopularidad y las presiones de parte de sus enemigos políticos. Los préstamos conseguidos para financiar la onerosa Expedición Libertadora contra el Virreinato, y que después el Perú se negara a devolver al país que le liberara del yugo hispano, habían provocado un peligroso descuido de las cosas internas a la administración chilena, obligando al prócer a solicitar un nuevo empréstito a Londres, en 1822. Aún así, la caída financiera fue inevitable y se tradujo en una crisis de cohesión nacional similar a la que afectaba buena parte de los países del continente en esas horas, coincidiendo con la publicación de la Constitución Política de ese año.

Incapaz de controlar las fuerzas desatadas y temiendo que su permanencia en el poder sólo arrastrara las cosas a una guerra civil, O'Higgins renunció el 28 de enero de 1823, dejando el mando en una Junta e iniciándose al instante una debacle de proporciones. El 17 de julio siguiente, se embargó hacia el Callao, autoexiliándose

en el Perú, donde fue recibido con honores y con el grado de General en el Ejército de la Gran Colombia, ingresando con ello al Gran Consejo de Generales del Ejército Unido Libertador, al mando de Bolívar. Así, sin razones para volver a Chile y enemistado con el General Ramón Freire, O'Higgins se quedó en Lima por encima de los dos años que le autorizaba la ley y esto significó que se le diera de baja del Ejército el 24 de mayo, acusado también de participar en conspiraciones contra el gobierno.

Para Chile las cosas no marchaban mejor. Después de su osada aventura para expulsar a los españoles de Chiloé, en 1826, ante las amenazas de Bolívar a entregar el archipiélago a la administración peruana, Freire había retornado efímeramente por el poder tras el motín del Coronel Enrique Campino, el año siguiente, quedando rápidamente sobrepasado por la crisis y las mismas divisiones que ya le habían hecho renunciar a la Dirección Suprema una vez de regreso a Santiago, tras la campaña chilota. Postrado, se retiró hasta la hacienda de Cuchacucha.

En relevo de Freire, había asumido la Presidencia don Francisco Antonio Pinto. Sin embargo, las intrigas continuaron y las elecciones de congresales terminaron convirtiéndose en la chispa que el reguero político de pólvora esperaba para estallar. Renunciado Pinto, asumió el cargo Francisco Ramón Vicuña Larraín, en julio de 1829, mientras la mayoría del Congreso quedaba en manos de liberales y los llamados "pipiolos", extraño apodo que recibían entonces los oportunistas políticos de clases no opulentas o definitivamente bajas, y que, según Vicuña Mackenna, provenía de la expresión *"pío-pío"* (de los pollos) que adjudicaba el dueño español de un café de calle Ahumada a los comensales que llegaban pidiendo rebajas o consideraciones.

Aunque la Constitución exigía a los parlamentarios designar el cargo de Vicepresidente desde las mayorías, la bancada liberal "pipiola" no tuvo escrúpulos para proclamar en el cargo al correligionario y hermano del presidente electo, don Joaquín Vicuña Larraín, a pesar de ser la tercera mayoría, con sólo 48 votos (11,82%). Esta decisión cayó como bomba entre los grupos conservadores y los "pelucones", llamados así por en alusión a las pelucas viejas que algunos usaban a la usanza de la moda señorial. Estos consideraron violentado el espíritu del texto constitucional y corrieron a cerrar filas en torno a los o'hgginianos y al grupo conocido como los *estanqueros*, de Diego Portales, del que hablaremos más abajo.

Poniéndose del lado de los conservadores y los constitucionalistas, el General de División José Joaquín Prieto se reveló con el Ejército del Sur en Concepción, dando inicio la Revolución de 1829. Ya estaba echada la suerte de Chile, dividido entre "pipiolos" y "pelucones". Las tropas de gobierno quedaron en Santiago bajo el mando del General Francisco de la Lastra. El 14 de diciembre de 1829, tuvieron que enfrentar al primer combate con grupos alzados de Prieto en Ochagavía. Aunque el enfrentamiento no tuvo un ganador claro, ambas partes firmaron la tregua llamada *Pacto de Ochagavía*, aceptando a Freire el mando nacional.

El gobierno, intentando sofocar la rebelión, había designado a Freire para combatir las fuerzas de Prieto. Pero el caudillo

comprendió de inmediato que esta era ocasión de volver al arena política y consideró que el reconocimiento de los "pelucones" a un Gobierno de Junta sería de corta duración, por lo que se alzó para recuperar el poder. Sin embargo, como los conservadores y los patriotas seguían leales a Prieto, lo reconocieron en la dirección del Ejército y las rebeliones estallaron nuevamente por todo el territorio. Así, a principios de 1830, Freire debió embarcarse desde Valparaíso para aplacar cualquier intentona en Coquimbo, y desde allí marchó hacia el sur.

Al llegar al río Maule, el grueso de las fuerzas se encontraron. El formidable combate tuvo lugar el 17 de abril de 1830, junto al río Lircay. Enrique Bunster la describe de la siguiente manera:

> *"La jornada costaba a Prieto un centenar de vidas, pero Freire perdía cuatrocientas, cerca de mil heridos y el resto apresado o disperso. De manera que la batalla de Lircay no dejó nada del ejército vencido; nada sino su jefe, que escapó vivo por casualidad y Viel, que de algún modo llegó hasta Coquimbo para caer en manos del general Aldunate".*

Con las tropas de Freire aplastadas, el gobierno quedó en manos de un Gobierno Provisorio que designaría después a Prieto como Intendente de Concepción. Más tarde, en 1831, fue elegido Presidente de la República. Una de sus primeras decisiones en pro de la paz y del reencuentro, fue amnistiar a los oficiales que actuaron en 1830.

Aunque los americanistas y algunos bolivarianos fanáticos (que ven invariablemente con resquemor el triunfo de Lircay) se han esmerado en presentar a O'Higgins, que seguía atento el desarrollo de estos hechos en su hacienda peruana Montalbán de Cañete, como un opositor a las fuerzas "peluconas" y al surgimiento de la figura de Prieto, cabe advertir como refutación que, al enterarse de la victoria conservadora, le escribió desde Lima al vencedor del Lircay una carta fechada el 24 de mayo de 1830, donde le dice con elocuencia:

> *"La experiencia de todos los tiempos nos demuestra que la columna más fuerte del poder nacional es la gloria nacional... y las hazañas de sus héroes. Los campos de Lircay son monumentos eternos de esta verdad. Ellos fueron lo más inexpugnables baluartes de los libres contra la barbarie y la violencia; ellos gritan por la libertad civil de una patria oprimida y degradada; ellos llevan los esfuerzos del hombre honrado, del filantropista y del patriota; ellos solamente los que pudieron rolar la oliva de una lucha venturosa..."*
>
> *"...he pasado una vida tranquila desde el día que me despedí para siempre de la silla de la primera magistratura. Es, sin embargo, de necesidad para el futuro bienestar de nuestra patria que éste asiento sea dignamente ocupado, y hasta que no vea a Ud. o a algún otro ciudadano, digno de mi sostén y confianza, en posesión de él, nunca podré pensar en regresar a mi*

país, por cuya felicidad he estado siempre pronto a consagrar toda clase de sacrificios, mi amado general".

Freire, en tanto, se autoexilió en Perú con otros derrotados, desde donde veremos que no dio respiro un solo día a sus afanes de conspiración y sabotaje contra el gobierno conservador.

La llegada al poder de las fuerzas conservadoras, nacionalistas y patriotas por encima de las liberales e internacionalistas, es un hito fundamental para comprender el avance de la consolidación del Estado en forma, de la histórica estabilidad política chilena y del concepto portaliano de la administración, y de cómo influyó esto en la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, que estaba próxima a estallar.

Feroz competencia comercial. Conflictos entre Chile y Perú 

En 1827, Chile había enviado en misión especial a Lima a don Pedro Trujillo, para lograr un acuerdo de libre comercio que pusiera fin a las hostilidades comerciales que el Perú comenzara a manifestar con una extraña ingratitud hacia el vecino que había iniciado su proceso de liberación del yugo español, cuando en 1824 gravó con 3 reales por fanega el trigo chileno. Perú se mostró desinteresado en la propuesta de Trujillo, excusándose en la distracción provocada por la guerra con Colombia.

En 1830, Santiago volvió a insistir a través de Miguel Zañartu, pero el entonces Presidente Gamarra se resistió a negociar y, por el contrario, planificó un nuevo castigo contra Chile a nivel comercial. En 1831, gravaron nuevamente la internación de trigo chileno con 7 reales por cada 150 kilos de grano, gesto que sólo puede explicarse en el interés de Gamarra por dañar la incipiente economía de la República del Sur. Qué ironía, sin embargo, que pocos años después él mismo tendría que partir a solicitar ayuda de los chilenos para zafarse de la intromisión de Santa Cruz en el destino de su patria.

Chile reaccionó a las medidas castigando al azúcar peruana, en 1832, gravada en 6 reales por arroba. Hasta entonces, el azúcar del Perú pagaba un impuesto del 20% del producto, mientras que el trigo chileno pagaba allá un porcentaje cercano al 100%, ya que la arroba del cereal valía no más que entre 1,50 y 2 pesos, llegando a pagar tres pesos más por cada una en tributaciones comerciales. La situación resultaba escandalosamente injusta para Chile.

Cumpliendo con el extraño y muy particular sentido de la justicia y de la equidad de ciertos pueblos con problemas severos de inserción en los principios de la civilización y de la cultura modernos, esta medida chilena hizo poner el grito en el cielo a los políticos peruanos y generó una ruidosa gritadera que ha trascendido incluso a tránsito histórico. Ha bastado esta pequeña y razonable represalia, pues, para que los historiadores peruanos y bolivianos saltaran como heridos por el rayo, culpando a Chile (hasta hoy) de iniciar una "lucha comercial" que, en la práctica, Perú estaba sosteniendo contra el vecino apenas se perdieron en el horizonte las velas de los barcos chilenos que le liberaron del yugo español.

Para Chile, la decretada recarga al azúcar resultaba doblemente legítima si recordamos que por entonces, el Perú aún no devolvía un solo peso de la cuantiosa que había costado su liberación y los auxilios navales ($ 10.950.000) y que se había comprometido reponer. De hecho, nunca la devolvió, cancelando con el tiempo sólo una fracción.

Para poder sostener que Chile preparaba entonces un golpe comercial contra Perú con perspectivas bélicas para consagrar intenciones de predominio continental, a la exposición descontextualizada de estas medidas chilenas ciertos autores peruanos como Jorge Basadre invocan una nota del Ministro Diego Portales, dirigida a su amigo Antonio Garfias, el 30 de agosto de 1832, en la que confiesa:

> *"Hemos puesto a los azúcares peruanos tres pesos en arroba, resolución que puede muy bien arrancar o mover al gobierno peruano a tomar la medida de gravar por ejemplo con un veinte por ciento las mercaderías que se internasen en sus puertos después de haber pasado por el de Valparaíso, y he aquí un paso que destruiría nuestros almacenes de depósito y nuestro comercio, y entonces no habría otro recurso que volver atrás con la más vergonzosa degradación, y liberarles los azúcares de todo derecho si así lo querían los peruanos o irnos sobre ellos con un ejército: reflexione usted bien y encontrará que es muy posible que el Gobierno del Perú así proceda (al menos yo en su lugar lo haría) y que verá igualmente, llegado este caso, no nos queda otro recurso que uno de los dos que dejo apuntados".*

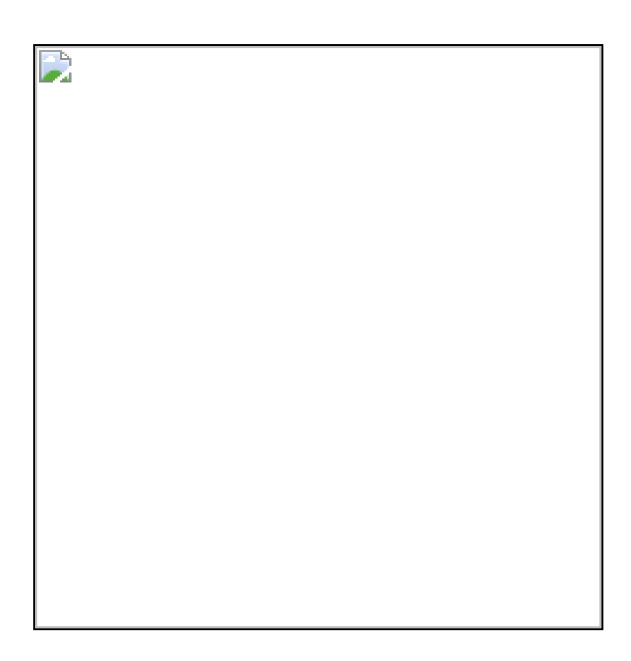
Lo que Basadre y sus paisanos esconden intencionalmente de esta afirmación, sin embargo, es que Portales se refiere a sus reservas sobre la actitud del Perú no puntualmente a la reacción contra el impuesto del azúcar del año anterior, sino a la que venía llevando progresivamente desde 1824, como hemos visto, y que fácilmente podían permitir especular, en aquellos momentos, en la posibilidad de un conflicto armado, como efectivamente sucedió. Es por esto que esta carta siempre es presentada por ellos fuera del contexto de la guerrilla comercial iniciada contra Chile desde los primeros meses de independencia peruana.

La importancia de Valparaíso en el concierto del Pacífico y las vasta extensión de los territorios litorales chilenos no hicieron más que importunar las aspiraciones peruanas e incrementar la nostalgia por los tiempos de riqueza e importancia que la tutela imperial le garantizaba al ex Virreinato. Así se explica que, en 1833, Perú cobrara ahora un recargo del 8% a todas las mercaderías de barcos que llegasen al Perú tras haber pasado por Valparaíso. Esta medida, fomentada por el sentimiento antichileno tan arraigado en las clases políticas peruanas, era exactamente lo que había pronosticado Portales en la carta que hemos visto unas líneas más arriba y que se ha tratado de presentar como prueba incriminante.

Como dato curioso, cabe señalar que en aquellos años, el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, José María Pando, había decidido expulsar de su país a los chilenos residentes por la sola inspiración del antichilenismo que en esos días intoxicaba

inexplicablemente a la sociedad peruana y que encontraba su válvula de escape en la excusa de las cuestiones comerciales. Otra ironía de la historia le obligaría, más tarde, a pedir asilo en Chile, como un perseguido político de los confederados, cuando sus propios compatriotas le pusieron precio a su cabeza.

Así las cosas, habría sido casi una consecuencia natural el que, a principios de la vida republicana peruana, sus gobernantes comenzaran a mirar con desprecio las ventajas chilenas en el control del Pacífico Sur.



Sello del pretendido "Departamento del Litoral de la República Boliviana", producido en 1827 (según General Cayoja Riart, en su obra "El Expansionismo de Chile en el Cono Sur") al iniciarse la ocupación de Cobija o "La Mar", luego de que Perú le negara acceso al mar a los bolivianos por Arica. La idealización boliviana sobre sus inexistentes costas se ve incluso en la presencia de un gran navío en el escudo, a pesar de que entonces, Bolivia no poseía ni una sola embarcación propia o un muelle siquiera para atraques de grandes navíos. Vale advertir que el Artículo 3º de la primera Constitución Política de Bolivia, de 1826, figuran como parte del territorio de la república *"los departamentos de Potosí, Chuquisaca, La Paz, Santa-Cruz, Cochabamba y Oruro"*, sin hacer mención alguna a este pretendido *"Departamento Litoral"*.

Santa Cruz logra echar manos sobre el destino político del Perú

Para evitar continuar con las hostilidades comerciales recién descritas, el Gobierno chileno del Presidente José Joaquín Prieto había logrado comprometer en 1835 a su homólogo peruano Luis José de Orbegoso, en un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación.

Pero el Gobierno de Orbegoso ya comenzaba a marchar hacia una crisis, en medio de las revueltas contra las fuerzas simpatizantes de Pedro Pablo Bermúdez, especialmente en el Sur del país. Vendría, entonces, el breve período presidencial del joven General Felipe Santiago Salaverry, quien desde las fuerzas de Orbegoso aprovechó la situación para darle la espalda y tomar el poder con el levantamiento del territorio de Trujillo, proclamándose Presidente de la República el 23 de febrero de 1835. Poco después, y vencido ya Bermúdez por Orbegoso, Salaverry comenzó a prepararse para

enfrentar a las fuerzas orbegosistas que avanzaban hacia Lima desde el Sur.

Lamentablemente, sin embargo, Santa Cruz estaba echando raíces de intrigas tenebrosas en el Perú desde mucho antes. Orbegoso contaba a la sazón con el apoyo estratégico del Presidente boliviano. En reacción, Salaverry dictó un decreto de "Guerra a Muerte" contra Santa Cruz y contra la intervención altiplánica, poniéndole precio a la cabeza de algún boliviano muerto a manos de un peruano. Tal era el clima de odio y confrontación al que había arrastrado el intervencionismo del Mariscal.

En este ambiente volcánico, una expedición de Salaverry cayó sobre el puerto de Cobija, en 1835. Como hemos dicho, esta caleta estaba fundada en territorio chileno, al Sur del río Loa, pero la intención de los peruanos era perjudicar a la comunidad boliviana que allí se había establecido cobrándoles cupos y cuotas de guerra. Salaverry atacó con ferocidad las instalaciones, ordenando la destrucción, el saqueo de los edificios con ayuda de delincuentes comunes que fueron liberados de la cárcel del poblado, y se hizo arrastrar la bandera de Bolivia en una ceremonia de humillación.

La indolente reacción de Chile a este acto de piratería ocurrido en su territorio y el excesivo temor de aparecer inmiscuyéndose en asuntos internos a las fuerzas que se desgarraban en el Perú, sólo acentuó la posición boliviana de que estos territorios litorales del desierto de Atacama les pertenecían desde su Independencia en 1825 y que Chile sólo quiso avanzar sobre ellos por motivaciones comerciales.

Así las cosas, y a pesar de los beneficios que reportaba al Perú el acuerdo logrado con Chile en 1835 (pues aplazaba el pago de las deudas por su liberación y lograba hacer que los chilenos revisaran el impuesto al azúcar), producto de la estructura moral y política de un Perú, además de las luchas internas y pugnas entre militaristas y civilistas, cuando se envió a Lima la ratificación del tratado, el acuerdo comercial ya estaba condenado al fracaso, al igual que el mismo Gobierno de Salaverry.

Para ese momento, Orbegoso ya había recuperado el control de Lima y del Norte del Perú, demostrándose como un leal colaborador del Mariscal boliviano. En una carta a su amigo alemán, relacionado también con la logia *Independencia Peruana*, General Felipe Braun, el Mariscal le escribe desde Chuquisaca, el 7 de abril de 1835:

> *"...mi deseo es dejar a los peruanos entregados a sus propias pasiones mientras se acaban de dislocar y mientras pasan nuestras elecciones, hasta que probablemente, conducidos por sus desgracias, se entreguen en nuestros brazos..."*
>
> *"...Sangre fría es necesaria entre tanto, y mucha vigilancia que no cesaré de recomendar a Ud."*

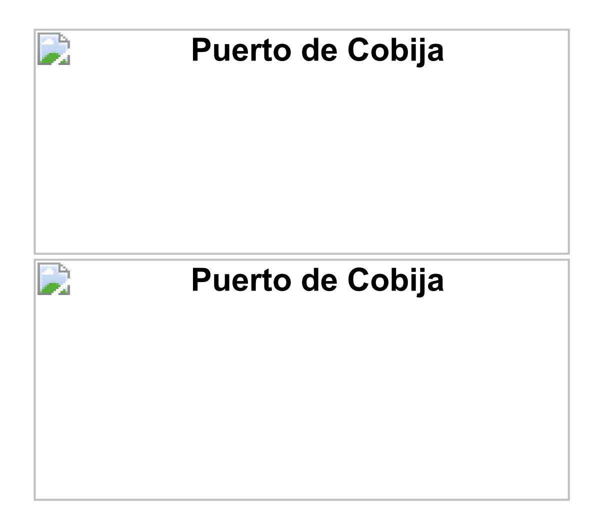
Habiendo regresado al Perú para enfrentar a Santa Cruz, Salaverry se encontró con un escollo insalvable. Había depositado toda su fe en el General Gamarra, pero éste fracasó estrepitosamente en Yanacocha, el 13 de agosto de 1835, retirándose momentáneamente de los campos de batalla. Incapaz de aceptar la

derrota, Salaverry comenzó a actuar de manera impulsiva e irreflexiva.

Para peor, el comercio y la relación ancestral que existía entre los habitantes de las serranías peruanas con los de Bolivia, fue caldo de cultivo para simpatías por Santa Cruz que se regaron por toda la región, pues se veía con entusiasmo la alianza confederada entre el Bajo y Alto Perú. La pasión federalista alcanzó más tarde al Cuzco y a Ayacucho, apoyada por las fuerzas militares bolivianas, dejando en total aislamiento al ejército de Salaverry, el que debió escapar de esta última ciudad ante la repulsa popular de la que fue objeto cuando la tomaron.

Desoyendo los consejos que una visión estratégica que hubiese aportado, Salaverry se arrojó contra el Ejército de Bolivia que se retiraba por el Puente de Uchumayo, venciéndolos el 4 de febrero de 1836, pero desatando una venganza sangrienta, que terminaría aplastándolo en la batalla de Socabaya, el 7 de febrero siguiente. Murió fusilado junto a sus leales en la Plaza de Ayacucho. Con ello, el destino del Perú caía totalmente en manos del Mariscal Andrés de Santa Cruz.

Cabe señalar que, durante la crisis política y social peruana que él mismo había ayudado a provocar, Santa Cruz no sólo logró ganar simpatías que culminaron en la adhesión masiva a la fundación de su Confederación Perú-Boliviana, sino que recibió ayuda desde Chile, enviada secretamente en armas y pertrechos por el agente de negocios de Bolivia en Santiago, don Manuel de la Cruz Méndez, lo que provocó la molestia de Diego Portales al ser descubierta esta gestión, por resultar atentatoria de la neutralidad chilena.



Imágenes de 1871 del "puerto" de Cobija, ocupado por bolivianos en territorio chileno. Con el tiempo, este asentamiento fue utilizado por Bolivia para sostener su supuesta soberanía sobre casi todo Atacama, en el fantástico "Departamento Litoral".

Nace la Confederación. Intervencionismos y complots contra Chile

Valiéndose de los sucios *muñequeos* políticos descritos, que habían provocado las revueltas golpistas del propio Salaverry y luego la destrucción de sus enemigos en Lima, el Mariscal Santa Cruz

despejó el camino para erigirse "Protector" de la Confederación Perú-Boliviana, bajo el aplauso encandilado de varios ingenuos americanistas chilenos y peruanos, que creyeron ver en la unión de ambos países un paso adelante en la consolidación del sueño bolivariano de la Confederación de América Latina.

Repuesto Orbegoso en el poder, Santa Cruz hizo reagrupar el territorio del Perú en dos provincias: una del Norte y otra del Sur. Acto seguido, se proclamó "Protector" de la Confederación que uniría estas dos Provincias con las del Alto Perú o Bolivia. Este cargo sería ejercido por diez años y era reelegible.

Mas, el mentado "Protectorado" acabaría no siendo otra cosa que una nueva muestra de la extrema mezquindad y ambición de Santa Cruz.

Siguiendo los dictados del caudillo, Orbegoso creó las condiciones para que fuese caducado el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación de 1835 que se había suscrito entre Chile y Perú y que ya no era del agrado de los peruanos, interesados en la primacía de sus puertos en la región continental.

Para poder justificar este prepotente desahucio del tratado, los confederados se excusaron en el reconocimiento oficial que el Gobierno de Chile había dado al de Salaverry, en un intento por aportar a la paz y la estabilidad de una nación convulsionada. Con esta burda excusa, declararon nulo el acuerdo el 14 de febrero de 1836 y reiniciaron de inmediato otra peligrosa seguidilla de agresiones comerciales contra Chile.

En el seno del confederacionismo, sin embargo, estaban en competencia dos tendencias: una de carácter *unionista*, que buscaba la unificación en lo posible de ambas naciones, y la *autonomista*, que pretendía consolidar la alianza manteniendo la respectiva individualidad de cada nación. Las condiciones históricas permitieron que el primer paso de los confederacionistas fuera dado al son de esta última tendencia, representada por Orbegoso y Riva Agüero entre otros líderes.

Pero, dada la tradicional unidad del Alto y el Bajo Perú, sus paralelismos culturales, raciales y políticos, podría ser sólo cosa de corto tiempo para que la alianza llegara a consolidar una unificación hegemónica con expectativas de cargar hacia su lado la pendiente del poder sudamericano en el Pacífico, o al menos eso se creía entonces.

A pesar de la unidad que podría suscitar la posición contra Chile de peruanos y bolivianos que idealizaban las expectativas de la Confederación en el Pacífico, no fue del todo fácil para Santa Cruz sentarse en el pilar de sus sueños. La noticia de que la unión con el Estado Sur-Peruano había sido rechazada por la Asamblea altiplánica, al no aprobar el Tratado de Tacna, le cayó como balde de agua fría y, sacándose la máscara de "Protector" justiciero y representativo, disolvió el Congreso convocando una nueva Asamblea en Cochabamba.

El 15 de agosto de 1836, el Estado Nor-Peruano confirmó su entrada a la unión, iniciando así el camino de la resurrección del Imperio-Virreinato. El emblema de la Confederación pasaría a ser,

entonces, la bandera roja con los escudos de los tres Estados en su centro (Nor-Peruano, Sur-Peruano y Alto Peruano), decorados con los laureles de la victoria. La vía quedaba abierta para los propósitos finales del "Protector" Santa Cruz.

Por decreto del 28 de octubre de 1836, la Confederación Perú-Boliviana era declarada formalmente nacida.

Desahuciado el Acuerdo de 1835 y con su "Protectorado" convertido ya en una tiranía (no obstante el apoyo incondicional de algunos sectores), Santa Cruz organizó de inmediato nuevas acciones desestabilizadoras contra Chile, manifiestas en toda una verdadera guerrilla comercial, especialmente del Callao contra Valparaíso, cuyo objetivo era el predominio de los confederados y el aplastamiento por asfixia en la economía chilena, lo que minó las relaciones diplomáticas con el país "mapochino" y originó un fuerte interés chileno por hacer fracasar este proyecto confederacionista, luego de la anulación del tratado.

No contento con las ya abundantes riquezas que la plata daba al Perú, Santa Cruz procedió a intentar monopolizar los ingresos que provenían por mar Pacífico desde Asia, Europa y Oceanía, política que dirigió claramente en contra de Chile al decretar que los barcos comerciantes internacionales, especialmente de banderas europeas, pudiesen gozar de franquicias especiales y uso libre de las bodegas para mercaderías de Lima y del Callao que después retirarían otros barcos, con la condición de que no tocasen puertos chilenos, lo que le costaría gravámenes especiales.

La idea de Santa Cruz era boicotear el uso de los puertos del vecino y, a su vez, hacer que los propios chilenos debiesen abastecerse en Perú de todos los productos de origen europeo, retrotrayendo las relaciones comerciales a la misma dependencia del Perú que había en la Capitanía de Chile en el siglo XVII, en otra muestra de las intenciones del "Protector" por restituir el poderío del desaparecido Virreinato peruano.

Para el Cónsul de Francia en Chile, M. La Forest, Santa Cruz esperaba que su "Protectorado" tuviese el apoyo de Francia e Inglaterra, según nota de 1830 enviada al gobierno parisino. Quizás esto explique el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación que Santa Cruz firmara un tiempo después con Londres, tan generoso para los ingleses que desató las iras de los peruanos, además de su extraña relación con su amigo y asesor el Cónsul británico en Tacna, Belford H. Wilson, quien veía con preocupación la amenaza a los capitales ingleses que influirían, posteriormente, el interés chileno en terminar con la Confederación.

Por cierto que la aspiración de Santa Cruz de restaurar el territorio del Imperio Incásico ocupando el Norte de Chile y de Argentina, no era sólo una inspiración romántica o nostálgica. El "Protector" sabía que avanzar sobre Atacama a través de enclaves litorales, iba a garantizar la salida al mar buscada por Bolivia y, al carecer ésta de derechos o títulos jurídicos legítimos para alegar territorios en la zona, el avance expansivo de la Confederación, como una ola por los desiertos, tendría que resultar a la larga en la consagración de los proyectos para apropiar todo este territorio chileno, trabajo que se había iniciado con la fabricación del "puerto" de Cobija. La

persuasión y el intervencionismo harían un inteligente trabajo en lugar del caro y riesgoso conflicto bélico.

En los actos concretos de sabotaje político tendrían gran participación algunos chilenos desterrados en Perú, *"pipiolos"* y otros enemigos de los *"pelucones"* apoyados por los consabidos americanistas y los enemigos del Ministro Diego Portales, como el siniestro pedagogo español exiliado en Lima (por incitar a la violencia en Chile desde el pasquín *pipiolo* "El Defensor de los Militares"), don José Joaquín de Mora, quien intentó atraer a O'Higgins al proyecto confederacionista saturándolo de bendiciones y halagos exagerados, a pesar del desprecio declarado del prócer hacia otros conspiradores como Ramón Freire. De hecho, el propio Santa Cruz había intentado tentar al prócer chileno en sus asuntos, confirmada arrglándoselas para el Congreso del Perú le otorgara la medalla de la Legión de Honor Nacional del Protectorado Perú-Boliviano. En una carta a uno de sus amigos o'higginianos en Chile, Mora escribía sobre su patria natal:

> *"...finalmente, probaría que O'Higgins es un hombre demasiado grande para una nación como la suya en que se aguanta al burro acicalado de Prieto y al truhán bufonesco de Portales, con la asquerosa escolta de Benavente, Rengifo y Tocornal que los rodean".*

Buscando intervenir sobre el destino político de Chile de la misma manera que lo había hecho en Perú, Santa Cruz siguió valiéndose de su representante Cruz Méndez para contactar a opositores al Gobierno de Prieto y estimular así la anarquía y el desorden político. Aunque los autores peruanos se han empeñado en tratar de poner en duda esta clase de planes intervencionistas de parte del "Protector", cabe recordar, por ejemplo, que uno de sus ministros, don Andrés María Torrico, escribió al propio agente Cruz Méndez una carta con fecha 13 de junio de 1836, en la que dice refiriéndose a los Generales O'Higgins y Freire:

> *"El Perú posee multiplicados medios de ofensa contra la administración actual de Chile. Existen en su territorio dos generales de crédito enemigos suyos implacables, que protegidos por la Confederación lo destruirían inevitablemente. Aparte de este medio, que la necesidad hacía adaptable, el Perú cerrando sus puertas al comercio de Chile, se vengará completamente de la imprudencia de su gobierno".*

Para fortuna de Chile y desgracia de Santa Cruz, el país "mapochino" había salido de la dura etapa de anarquía y organización que todavía desgarraba a los países del entorno vecinal y que facilitaron la intervención del "Protector" sobre el devenir político peruano. Chile, a diferencia de los demás países consumidos por las guerras civiles y descomposiciones internas, había entrado al período conocido como la República Autoritaria. Y gran colaboración en este tránsito habría de tener Diego Portales y su concepto del Estado en Forma, columna de la estabilidad política histórica de Chile.

Irrupción del Ministro Diego Portales. Su valor y trascendencia

histórica 

No se puede hablar de este período sin concentrar una parte del relato en la figura insigne del gran estadista Diego Portales Palazuelos.

Siendo muy joven, el proceso de Independencia no lo tentó mayormente, apatía de la que posteriores detractores aficionados a las *macoñas* bolivarianas, como los escritores Gabriel Salazar y Pedro Godoy, no le perdonan y presentan como un anatema en el currículo del ministro. Sin embargo, estos mismos "americanistas" se cuidan de no recordar que otras insignes figuras del culto bolivariano, como don Andrés Bello, no sólo se marginaron tal como Portales de la lucha independentista, sino que, en su caso particular, incluso se sospecharon adhesiones con el realismo. Tampoco destacó Portales en el campo académico: logró estar sólo un año en la Universidad, estudiando Derecho, carrera que abandonó para trabajar en la Casa de la Moneda. Ni siquiera los negocios fueron su fuerte, perdiendo la fortuna que hizo como comerciante tras abandonar este empleo, y experimentar el fracaso.

En 1819, se había casado con doña Josefa Portales y Larraín, su prima. Unos años después, fallecía su hijo y, poco después, su propia mujer, lo que le condujo a una crisis profunda y alteró notoriamente su comportamiento, volviéndose audaz, aventurero y un tanto irresponsable. Tuvo una larga aventura con la joven aristócrata peruana Constanza Noderflycht, que lo amó intensamente, sentimiento al que Portales nunca respondió proporcionalmente. A pesar de la aversión al matrimonio que se había incubado en él, aceptó casarse con doña Constanza para legitimar al sus hijos, pero cuando ella estaba al borde de la muerte.

A pesar de su procedencia socio-cultural y aun cuando no bebía, las incursiones de Portales en el barrio de La Chimba, al "otro lado" del Mapocho, fueron históricas, haciéndose muy querido entre los estratos populares y los *rotos* que frecuentaban las fondas y chinganas de la época, y que crearon más de una *cueca chora* en su recuerdo. Se dice que, a veces, se animaba a tocar el arpa. También aparecía con frecuencia en las casas de remolienda del antiguo barrio santiaguino, llamadas por entonces irónicamente como "las filarmónicas". La leyenda cuenta que era cliente de una *casa de niñas felices* ubicada en el edificio de la Posada del Corregidor, en calle Esmeralda. Años después y siendo ministro, sin embargo, debió proscribir por un tiempo las chinganas, cuando éstas fueron invadidas por la delincuencia y los hechos de sangre.

Este atípico estadista no guardaba simpatía ni afinidad con ninguno de los partidos políticos de la época. Despreciaba a los caudillos y a los militares sediciosos. No le interesaba la oratoria, ni dar discursos elocuentes, ni publicaciones a su nombre. Lo suyo era la acción, sin ornamentos. Gozaba siendo un personaje quitado de bulla y subexpuesto. Todos los retratos que de él se tienen son posteriores a su muerte. Todo cuanto sabemos de su pensamiento, proviene de su obra y de sus muchas cartas a amigos y autoridades.

Su visión, no obstante, era sólida y rígida respecto del rol del Estado, acorde al concepto de la República Autoritaria. En una

famosa carta a su amigo y socio José Manuel Cea, escrita desde Lima en marzo de 1822, le confiesa:

> *"A mi las cosas políticas no me interesan, pero como buen ciudadano puedo opinar con toda libertad y aún censurar los actos de Gobierno. La democracia que tanto pregonan los ilusos es un absurdo en los países como los americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra y ¿qué ganamos?"*
>
> *"La República es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo en estos países?"*
>
> *"Un Gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual".*

En 1824, Portales y Cea habían adquirido en sociedad el "estanco del tabaco", una monopolización rematada por el Estado para la internación y venta de tabacos, naipes, licores extranjeros y té, que recaería en manos de su casa comercial a cambio de que ésta pagara anualmente los intereses y amortizara la deuda fiscal por los empréstitos conseguidos en Londres. Al año siguiente, también formó parte del Consejo Consultivo del Gobierno de Ramón Freire. Pero el "estanco" resultó poco eficaz, en parte por la incapacidad de combatir a los contrabandistas. Esto, sumado al rechazo popular que recayó sobre el monopolio, llevó al Congreso a devolverlo al Estado, en 1826, haciendo que la compañía de Portales y Cea sólo pudiera actuar como concesionaria.

Con su especial concepto del Estado en su visión política, no fue raro que, a pesar de su indiferencia a las corrientes ideológicas de la época, Portales se viera más cerca de las fuerzas patriotas y conservadoras *"peluconas"* que de las extranjerizantes y liberales *"pipiolas",* durante el período de Anarquía que sobrevino tras los gobiernos de O'Higgins y Freire, alcanzando su clímax en la sangrienta Revolución de 1829, la que culminó con la victoria de los conservadores en la gloriosa Batalla de Lircay del 17 de abril de 1830, cuando el General Prieto logró derrotar a las huestes de Freire.

Pocos días antes, el 6 de abril, Portales había sido llamado a asumir en tan difíciles condiciones de guerra civil, los Ministerios de Interior, de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina, en la presidencia de José Tomás Ovalle. Lo hizo de manera brillante, sin recibir remuneración y hasta destinando parte de sus propios ahorros a este esfuerzo descomunal.

Prieto asumió el poder presidencial en 1831, armando con el tiempo uno de los mejores gabinetes que ha conocido la historia de Chile,

como Manuel Rengifo (Hacienda), Ramón Errázuriz (Relaciones Exteriores), José Manuel Calderón (Guerra).

Portales, en tanto, había renunciado al triple ministerio el 17 de agosto de 1832, al considerar terminada su misión. Pero, a pesar del progreso y del avance que constituyó el Gobierno de Prieto, las dificultades internas llevaron al Presidente a solicitar la reintegración de Portales a otro triple gabinete, en septiembre de 1835.

El prestigio del que se había armado entre políticos y clases populares, hicieron verlo como el único capaz de poner en orden la casa y restaurar la senda del Estado en Forma y del Republicanismo. Así, el 21 de septiembre asume el Ministerio de Guerra y Marina, y el 6 de noviembre los de Interior y de Relaciones Exteriores. Ante estos hechos, Rengifo abandonó el Ministerio de Hacienda y fue relevado por Joaquín Tocornal.

La visión política de Portales y su aplicación en el campo gubernamental también fue un factor de deterioro de las relaciones entre Chile y Perú, semillas de la Guerra contra la Confederación. Su influencia sobre el Gobierno del General Prieto era tan fuerte, que se lo compara directamente con la posición del Mariscal Santa Cruz en el Perú.

Ambos representaban, por cierto, posiciones políticas totalmente antagónicas e incompatibles. Aunque los autores peruanos y bolivianos han tratado de ofrecerlo ante la historia como un artífice del "expansionismo chileno", Portales estaba lejos de tener otro afán que el del consolidar el predominio comercial de Chile en el Pacífico. Lo confirma, por ejemplo, su rechazo a la propuesta de las autoridades de Mendoza, de reintegrar la Provincia de Cuyo a Chile, tal como lo estuvo en tiempos coloniales, hasta 1776. Su visión administrativa para el país era la de un Estado orgánico, fuerte y económicamente sólido.

En cambio, Santa Cruz sí ofrecía una visión retrógrada y expansionista de la política, asentada sobre afanes de restitución de administraciones desaparecidas, como el Imperio Incásico y el Virreinato, lo que implicaba desbordar el territorio de la Confederación hacia el Ecuador y hacia el Norte de Chile y Argentina. Era, por lo tanto, una visión disfuncional del crecimiento y del desarrollo, fundada en conceptos políticos triviales, diametralmente opuestos a la visión portaliana de la modernidad.

Poseedor de una visión sin parangón entre los políticos chilenos de la época, Portales advirtió tempranamente que la Confederación Perú-Boliviana no cedería a sus afanes de despojar a Chile del predominio en el Pacífico y de procurar su debilitamiento comercial. Ningún esfuerzo del "Protector" sería en otro sentido que el de hacer prevalecer las políticas de perturbación y boicoteo de la estabilidad política chilena.

Con este temor, le preocupaba particularmente la desventaja que ofrecía la Marina de Guerra de Chile frente a la del Perú. Por ello, y anticipando las posibilidades de una guerra, el 27 de mayo de 1836 hizo correr una circular solicitando fondos en préstamo a varios particulares adinerados de la época, con la idea de que el Estado pudiese adquirir una flota de guerra capaz de persuadir a la

Confederación de desistir de las agresiones o, en el peor de los casos, para poder enfrentarla:

> *"El gobierno creería contraer una grave responsabilidad si desatendiese por más tiempo la necesidad en que se halla la República de una fuerza naval que guarde nuestras extensas costas, desprovistas de todo género de defensa, que vigile la puntual observancia de las leyes fiscales, y proteja nuestro comercio exterior. Y no bastando a llenar nuestro objeto las rentas ordinarias del Estado, que no es posible aumentar sin la embarazosa imposición de nuevas cargas y contribuciones, el gobierno, antes de recurrir a este último arbitrio, ha querido probar si sería posible levantar entre los capitalistas chilenos y los extranjeros establecidos en Chile, un empréstito de valor de 400.000 pesos, suma que juzga bastaría para la compra y avío de una fuerza naval competente...".*

Estas palabras son un fiel reflejo de la percepción de desprotección que el ministro tenía sobre la seguridad nacional ante la amenaza representada por el "Protectorado", que contaba con 11 mil efectivos y ocho naves en su Marina de Guerra, mientras Chile sólo poseía tres mil hombres y dos unidades navales.

Sin embargo, la hostilidad de Portales hacia la Confederación Perú-Boliviana no era compartida ni por el Presidente Prieto ni por las demás figuras políticas de la época. Sólo los exiliados peruanos residentes en Chile parecían apoyar sus advertencias. Como ha sucedido históricamente con quienes anticipan con antelación los conflictos internacionales, se le acusaba de ser belicista o de propugnar concepciones agresivas de las relaciones exteriores. También pudo haber influido en esta visión negativa la adversidad que se había generado ente Portales y O'Higgins, a la sazón autoexiliado en Perú.

Uno de los autores peruanos que reconocen el apoyo de estos exiliados en Chile a la causa portaliana, aunque muy en su discurso de solidaridad con la Confederación, es el Capitán de Fragata Jorge Ortiz Sotelo, en su trabajo "Breves apuntes sobre la Historia de la Marina de Guerra del Perú":

> *"En este propósito contó con el apoyo de un importante número de peruanos, que se oponían a la Confederación y muy especialmente a Santa Cruz, quien era el Protector de la misma".*

Sin embargo, estaba a punto de suceder un hecho histórico que acabó confirmando todas sus aprehensiones hacia la Confederación, y alineando al Gobierno contra el "Protectorado" de Santa Cruz.

Calaverada golpista de Ramón Freire precipita la marcha al enfrentamiento

Las peores intenciones de los confederados anticipadas por Portales, quedaron claras y fuera de toda duda, sin embargo, cuando Santa Cruz y Orbegoso organizaron un complot golpista

desde Perú enviando a don Ramón Freire, ex-Director Supremo de Chile y ahora aliado suyo ahora exiliado en Lima, al mando de una pequeña escuadra y varios hombres, para derrocar al Presidente Prieto intentando tomar Valdivia y Chiloé.

Freire marchó hacia Chile a bordo de la fragata "Monteagudo" y el bergantín "Orbegoso", en agosto de 1836. Las naves habían sido arrendadas con la excusa de ser llevadas hasta Guayaquil. Ambas estaban prolijamente armadas, sin embargo. Una tercera nave peruana llevaría los cañones. Cerca de 2.500 hombres le acompañaban en esta aventura, que resultaría en una cantinflada de proporciones.

Descuidados y poco discretos en su actuar, los hombres de Orbegoso intentaron frenar la salida de una goleta que traía de vuelta a Chile al cónsul Ventura Lavalle, para impedir que éste comunicara al Gobierno el zarpe de la flota de Freire, lo que demuestra el alto grado de compromiso del "Protector" con los golpistas. De hecho, dos días antes de levantar anclas desde el Callao los protagonistas de esta calaverada sediciosa, Orbegoso escribía a Santa Cruz el 5 de julio de 1836:

> "(Freire) *...me ha visto confidencialmente, y asegurado que tiene todos los medios, y que contaría con seguridad el éxito, si yo le proporcionase un buque con municiones y algunos cañones en bodega y fusiles. Yo le he contestado que, aunque mi deseo sería ver variado un Gobierno que nos hace tantos males, no daría paso alguno sin acuerdo de Ud. en asunto de tanta gravedad. Lo mismo le he contestado en cuantas veces me ha vuelto a hablar. En la última me manifestó que era el tiempo preciso, y que las cosas en Chile habían llegado a su término y los momentos eran apreciables; le aseguré mi respuesta a la primera entrevista con Ud. más demorándose ésta, y viendo por su estimable citada, que coincidíamos exactamente, he escrito al general Morán para que haga una visita al general Freire y con toda reserva le diga que estamos convenidos, y que tome con el mayor sigilo sus medidas, que a nuestra llegada a Lima acordemos sobre todo".*

Esta sorprendente y comprometedora confesión aparece en la obra "Historia del Perú Independiente (1835-1839)" de Mariano Felipe Paz Soldán, publicada en Buenos Aires en 1868

Aunque autores peruanos como Jorge Basadre realizan denodados y rebuscados esfuerzos por zafar a Santa Cruz de toda responsabilidad en la organización de la calaverada de Freire (recurriendo especialmente a su "Manifiesto" de 1840), existe otro documento aún más acusador, publicado por Julio Bañados Espinoza en "Juicio Crítico sobre la Historia de la Campaña del Perú en 1838". Aunque no tiene fecha, está firmado por Orbegoso y también dirigida a Santa Cruz, cuando ya había tenido lugar la ruptura entre ambos:

> *"En algunos documentos públicos desde el año 37, pero sobre todo en la contestación de usted a mi carta del 3 de agosto que recién he visto impresa, aparecen cargos*

> *contra mí por la expedición de Freire: como pareciendo que se ha querido hacer caer sobre mí una responsabilidad que usted mejor que otro alguno, sabe que no tengo. El general Morán retiene en su poder una carta mía a él y otra al general Freire que llegaron después de su salida y ambas en sus fechas y contenidos prueba mi inculpabilidad y aún mi absoluta falta de noticia de tal expedición".*
>
> *"Conservo el original de la carta que se sirvió usted escribirme, interesándome para ella y de que dimanaron las otras. Esta me defiende enteramente, pero el tiempo no es a propósito para hacer uso de esta defensa y estoy decidido a no emplearla sino en el caso en que se me hagan sobre esto nuevas inculpaciones, que comprometen mi responsabilidad ante mi patria por una guerra en que ciertamente no he tenido ni la menor parte".*

Después de leer estas cartas, nada parece necesario ya para comprobar la participación de los líderes de la Confederación en el intento de golpe contra La Moneda. Recordemos que, con pruebas sorprendentemente frágiles y poco convincentes, la historiografía oficial de Perú y Bolivia ha acusado a Chile de haber protagonizado un caso análogo, financiado supuestamente la expedición del revolucionario Quevedo contra Antofagasta de 1872, en el vapor "Paquete de los Vilos", que fuera entonces la excusa para la firma de la Alianza Secreta contra Chile.

Afortunadamente, el Gobierno de Chile alcanzó a ser advertido de la conspiración y Freire fue apresado a tiempo, luego de iniciar la toma de Ancud. El Ministro Portales había ordenado el zarpe desde Valparaíso del bergantín "Aquiles" y de la goleta "Colo Colo" (las dos naves del la Marina de Guerra de Chile), al mando del Coronel español Victorino Garrido, hombre de confianza de Portales, el 14 de agosto, unos días después de haber pasado por allí el revolucionario, ocasión en que se le había unido el bergantín "Aquiles". Se cuenta que los golpistas estaban completamente ebrios en medio de un festejo cuando fueron interceptados, lo que facilitó su captura, por el día 29.

Freire resultó condenado a muerte por traición a la Patria, pena conmutada por la Corte Marcial a diez años de destierro, siendo enviado a las islas Juan Fernández. Santa Cruz quiso prepararle un rescate, posteriormente, pero la noticia llegó a oídos de Santiago y se decidió enviar la goleta "Colo Colo", al mando de Leoncio Señoret Montagne, para que el 14 de marzo de 1837, lo trasladara al puerto de Jackson, cerca de Sydney, en Australia.

El conocimiento de esta descarada intervención provocó gran vergüenza entre los peruanos enemigos del "Protector", por la forma en que se había comprometido el nombre del Perú. El político y poeta Manuel Ferreyros, por ejemplo, escribía desde Guayaquil a Agustín Gamarra, antes de terminado el mes de agosto:

> *"¿Qué dice usted del atentado del que se llama gobierno peruano, contra el estado chileno? Estos infames han reclutado casi* (con) *sus manos una multitud de vigor,*

que han enviado capitaneadas por el general Freire en el Monteagudo y el Orbegoso con pertrechos va con el caritativo objeto de trastornar aquella administración. He aquí la infame táctica del Macedón y sus cómplices: causar trastornos en los estados vecinos para hacer necesaria la intervención. Lo hecho con Chile es un miembro del plan Conquistador, y el Ecuador cabe esperar la misma suerte".

Este acto de verdadero intervencionismo acabó por colmar las pésimas relaciones entre Chile y la Confederación, desatando el temporal. Era la chispa que necesitaba la guerra para estallar.

Chile contra la Confederación. Expedición al Callao e insistencias de Portales

Hemos dicho que Portales, con extraordinaria clarividencia, advirtió a tiempo a las autoridades chilenas del complot que se traía entre manos el "Protector" Santa Cruz. Aún así, algunos autores como Sergio Villalobos consideran un error el haberse arrojado contra la Confederación, en circunstancias de que esta estaría desmoronándose por sí sola a la llegada de las expediciones chilenas hasta allá.

Lo cierto es que la intervención de Freire había puesto en el tapete el poder y la determinación de los confederados, suscitando algunas rupturas internas y el desprecio al "Protectorado" de parte de los peruanos residentes en Chile, que apoyaron la gestión de Portales. Desde todo punto de vista, además, era el hecho culminante que necesitaba el Gobierno de Prieto no sólo para convencerse de los afanes conspiradores de Santa Cruz, sino también para declararle la guerra al "Protectorado".

Indignado por los hechos en torno a la calaverada y con la opinión del Gobierno a su favor, Portales expulsó de Chile al agente Cruz Méndez, cuya inmunidad diplomática le había servido para sembrar toda clase de conspiraciones, y propició el envío inmediato de una flota al mando del intrépido Coronel Garrido hasta el Callao, el 21 de agosto. Su misión era capturar las naves de la Marina de Guerra del Perú, aunque varias de ellas se encontraban en reparaciones.

Antes de terminado el mes, Garrido capturó sigilosamente tres naves peruanas en el Callao. Por supuesto que la historia oficial del Perú comenta esta afrenta como una agresión artera y sorpresiva de Chile, omitiendo la calaverada previa de Freire y la complicidad del Protectorado en éste y otros hechos. Muy al estilo de la narrativa histórica de los autores peruanos, el antes citado trabajo de Jorge Sotelo Ortiz comenta al respecto, cumpliendo con este principio de omisión deliberada:

"Fue en esas circunstancias que el 21 de agosto de 1836 arribó al Callao el bergantín de guerra chileno Aquiles, en lo que se suponía una visita de buena voluntad. Sin embargo, aprovechando el estado de desarme en que se encontraban los buques de guerra peruanos en el fondeadero, por las luchas internas de los años precedentes, esa misma noche llevó a cabo un

> *sorpresivo ataque que le permitió capturar a la barca* Santa Cruz*, el bergantín* Arequipeño *y la corbeta* Peruviana*. Se inició así la guerra entre Chile y la Confederación Peruano-Boliviana":*

La reacción del "Protectorado" no se hizo esperar y, tras la primera protesta, Garrido comunicó a Santa Cruz que la decisión derivaba del apoyo de Lima a la expedición de Freire, de modo que los navíos quedarían retenidos en garantía de paz sólo hasta cuando la Confederación cambiara su actitud hostil contra Chile, condición que el "Protector" accedió aceptar apretando los dientes, a cambio de mantener las relaciones diplomáticas. Garrido también le obligó a comprometerse a juzgar como rebeldes a Freire y sus secuaces en caso de que estos volvieran al Perú, pues todavía estaban prófugos en esos días.

El "Protector" había dado la orden de apresar al representante chileno Lavalle en represalia por la captura de las naves, pero al advertir la gravedad de la situación, se devolvió sobre sus pasos y le dejó rápidamente en libertad. Desde entonces, Garrido también pasó a la lista negra de los historiadores peruanos.

Pero Portales creía que el peligro no estaba en los navíos ni en la guerrilla aduanera, sino en la existencia misma de la Confederación, cuyos propósitos hegemónicos pasaban invariablemente por sobre los intereses comerciales y soberanos chilenos. Por este motivo, el Presidente Prieto decidió enviar a Mariano Egaña a poner por condiciones los siguientes puntos:

- El fin a la alianza confederada entre los Estados.
- Explicaciones por el arresto del Cónsul.
- Indemnización por los daños producidos por la aventura golpista de Freire.
- Reconocimiento de las deudas que el Perú mantenía con Chile.
- Limitación de las fuerzas de la Marina de Guerra del Perú.
- Fin a las hostilidades comerciales.

Los autores peruanos creen ver la mano de Portales detrás de esta decisión, cumpliendo con su interés de hacer fracasar cualquier posibilidad de paz y proceder así a la guerra.

Como era previsible, la negociación de Egaña resultó un fracaso. A pesar de que la situación económica y militar de Chile era deficiente, el intento de golpe daba la justificación al Gobierno para desbaratar a Santa Cruz y las aspiraciones de la Confederación Perú-Boliviana.

Con un discurso que ha hecho historia, Portales declaraba ante la ligereza con que se tomaba el peligro de la Confederación en carta a Manuel Blanco Encalada, del 10 de septiembre de 1836:

> *"La posición de Chile frente a la Confederación Perú-Boliviana es insostenible. No puede ser tolerada ni por el*

pueblo ni por el Gobierno, porque ello equivaldría al suicidio. No podemos mirar sin inquietud y la mayor alarma, la existencia de dos pueblos confederados y que, a la larga, por la comunidad de origen, lengua, hábitos, religión, ideas, costumbres, formarán, como es natural, un sólo núcleo... Si por acaso, a la falta de una autoridad fuerte en la Confederación, se siguiera en ella un período de guerras intestinas que fuese obra del caudillaje y no tuviese por fin la disolución de la Confederación, todavía ésta, en plena anarquía, sería más poderosa de que la República. Santa Cruz está persuadido de verdad; conoce perfectamente que por ahora, cuando no ha cimentado su poder, ofrece flancos sumamente débiles, y estos flancos son los puntos de Chile y Ecuador...".

"El éxito de Santa Cruz consiste en no dar una guerra hasta que su poder se haya afirmado; entrará en las más humillantes transacciones para evitar los efectos de una campaña, porque sabe que ella despertará los sentimientos nacionalistas que ha dominado, haciéndolos perder en la opinión. Por todos los medios que están a su alcance ha prolongado una polémica diplomática que el Gobierno ha aceptado únicamente para ganar tiempo y para armarnos, pero que no debemos prolongar ya por más tiempo, porque sirve igualmente a Santa Cruz para preparar una guerra exterior. Está, pues, en nuestro interés, terminar con esta ventaja que damos al enemigo".

"La Confederación debe desaparecer para siempre jamás del escenario de América. Por su extensión geográfica; por su mayor población blanca; por las riquezas conjuntas del Perú y Bolivia; apenas explotada ahora; por el dominio que la nueva organización trataría de ejercer en el Pacífico, arrebatándonoslo; por el mayor número también de gente ilustrada de raza blanca, muy vinculadas al influjo de España que se encuentran en Lima; por la mayor inteligencia de sus hombres públicos, si bien de menos carácter que los chilenos; por todas estas razones, la Confederación ahogaría a Chile antes de muy poco. Cree el Gobierno, y éste es un juicio también personal mío, que Chile sería una dependencia de la Confederación como lo es hoy el Perú, o bien la repulsa a la obra ideada con tanta inteligencia por Santa Cruz, debe ser absoluta. La conquista de Chile por Santa Cruz no se hará por las armas en caso de ser Chile vencido en la campaña que usted mandará. Todavía se conservará su independencia política. Pero intrigará en los partidos, avivando los odios de los parciales de los O'Higgins y Freire, echándolos unos contra otros; indisponiéndolos a nosotros con nuestro partido, haciéndonos víctimas de miles de odiosas intrigas. Cuando la descomposición social haya llegado a su grado más culminante, Santa Cruz se hará sentir. Seremos entonces suyos...".

Portales insistió al Congreso en la necesidad de enfrentar a la Confederación y de mejorar las fuerzas militares. Así, el 28 de diciembre de 1836, se emitía la declaración de guerra. A la sazón, los peruanos habían intentado apoderarse del archipiélago de Juan Fernández.

Unos meses después, partían las fuerzas chilenas hacia el Perú.

Los complots entreguistas. Asesinato de Portales y complicidad confederada

En tanto, una parte del Ejército de Chile estaba en franco conflicto interno desde la frustrada rebelión de Freire, acarreando resquemores antiportalianos desde la derrota de los pipiolos en Lircay, en 1930. La interpretación que hicieron de la guerra, fue una acción gubernamental destinada a sacarlos de los escenarios políticos.

Por aquellos años, además, rufianes y realistas refugiados en Arauco había logrado convencer a algunas comunidades araucanas y pehuenches de no negociar con el Gobierno de Prieto, aprovechando las circunstancias para tratar de levantarlos, ahora, contra Portales luego de la noticia de la expedición de Freire, pues el ministro había sido el pilar fundamental en la destrucción de los afanes militaristas de caudillos uniformados deseosos de intervenir en el devenir de la vida política.

Se sumó a ello la impopularidad inicial de la guerra, no porque fuera vista como una "agresión" de parte de Chile al Perú o que hubiese tocado algunas fibras americanistas de la población, como alegan ingenuamente algunos autores peruanos, bolivianos e incluso unos pocos chilenos adictos a los discursos bolivarianos, sino porque la sociedad chilena estaba francamente cansada del belicismo que se había visto durante el reciente caos político y de la cantidad de muertes que provocó la Guerra Civil de 1829-1830, aún frescas.

De este modo, las simpatías locales por Santa Cruz y la intromisión de éste mismo en la vida política chilena habrían de encontrar, en la intención de detener la guerra, una sabrosa excusa para desparramar contra Portales los más perversos y reprimidos odios. Así lo advirtió el Coronel Francisco Bulnes, hermano del General Manuel Bulnes, en un informe presentado al Gobierno por entonces, en el que se denunciaba la gestación de una conspiración dirigida por el Coronel Juan Antonio Vidaurre Garretón, Comandante del Batallón Maipo, con otros golpistas que *"habían recibido comunicaciones del general Santa Cruz que es el que ahora los mueve"*. No sabemos por qué esta advertencia no llegó a evitar los trágicos hechos que se desencadenarían, poco después. Acaso era éste, además, el primer indicio que demostraba la presencia de la voluntad de Santa Cruz también en este nuevo período de intrigas golpistas, que había dejado sembradas el representante confederado Cruz Méndez hasta su reciente expulsión del país.

Poco después, se producían acuartelamientos en la Academia Militar y el Batallón Maipo, en Santiago. Apropiadamente informado, Portales comprendió que se trataba de acciones estimuladas por la

influencia del "Protector" Santa Cruz y así se lo comunica al General Bulnes en carta del 6 de febrero de 1837:

> *"Sabemos que Santa Cruz ha nombrado varios comisionados par que inciten a la rebelión en Chile a los descontentos con el Gobierno y a los ambiciosos como el medio más eficaz de mantener su dominación en el Perú; y las tentativas que últimamente se han hecho para trastornar el orden público, deben precisamente tener este origen".*

Como era de esperar, los historiadores peruanos y bolivianos también niegan en nuestros días que Santa Cruz haya participado de estas sublevaciones al no existir documentos o acusaciones concretas que lo vinculen con los alzados. Esto es cierto, pero no es menos cierto que el Gobierno sí estableció por entonces nexos entre Cruz Méndez y los militares insurgentes, que detonaron su expulsión. Y, como hemos visto, este agente boliviano actuaba a completa y entregada disposición de Santa Cruz en Chile, siendo sorprendido en varias acciones oscuras en favor del "Protector" antes de ser enviado fuera.

Suponer que un agente diplomático que ha sido pieza fundamental en la relojería de la Confederación, actuaba por iniciativas personales y no a órdenes directas de sus superiores, no resulta una idea verosímil.

Uno de los adherentes que había logrado reclutar Cruz Méndez en el Ejército de Chile antes de su expulsión, era el mencionado Coronel José Antonio Vidaurre, quien se encontraba en Quillota al mando del Regimiento Maipo y que se ofrecía astutamente como amigo y fiel a Portales, poniéndose en contacto con los conspiradores a través de su hermano Agustín Vidaurre, comandante del resguardo de la Aduana de Valparaíso.

Vidaurre, además de un defensor de la Confederación, fue un traidor por excelencia. Su odio a Portales no se justificaba con la cantidad favores que recibió del ministro, que lo había salvado de irse a retiro forzado, llamándolo después para ocupar un cargo militar en Valparaíso. En 1833, el propio Portales lo había colocado también en la Comandancia General de Armas de Santiago.

El primer plan de los golpistas era apoderarse de la Escuadra. Si fracasaban, Vidaurre tenía todo un plan de escape al Perú. Sin embargo, el temor de que los planes se hubiesen filtrado hasta oídos del Gobierno les hizo desistir de tan arriesgada empresa.

El 27 de mayo de 1837, Portales dio aviso por carta a Tocornal, que debía partir a Quillota, pues se le requería allá. Llegó en carruaje el 2 de junio, a las 7 de la noche, acompañado de su amigo el Coronel Eugenio Necochea. Cuando descendía frente a la casa del Gobernador José Agustín Morán, llegaron José Antonio Vidaurre acompañado del Teniente Coronel Manuel García y de un civil quillotano. Más tarde, llegó Agustín Vidaurre y se inició una discusión entre los conspiradores sobre qué hacer con el ministro. Decidieron tomarlo detenido al día siguiente, en la plaza, mientras se pasaba revista al primer y segundo batallón. La tarea quedó en manos del Capitán Narciso Carvallo, quien le comunicó de su detención. Seguidamente, el Capitán Arrisaga, del primer batallón,

puso dos pistolas en el pecho de Portales. Unos minutos antes, apenas, este jefe militar había puesto a su disposición la compañía, según los testimonios.

Vidaurre llegó a darse por enterado de lo que sucedía y que alcanzó a presenciar desde la distancia, participando del evento de la plaza. Al constatar la lealtad de Arrisaga y Carvallo para con el motín, envió de inmediato a Portales y a Necochea al calabozo. Sus intenciones eran tomar Valparaíso con ayuda del Regimiento "Valdivia". Conciente de esto, Portales se las ingenió para escribir su última carta estando aún en Valparaíso, visiblemente preocupado por el destino de su patria, dirigiendo al Almirante Blanco Encalada y al Gobernador del puerto Ramón de Cavareda las siguientes líneas, el 5 de junio:

> *"La parte del Ejército restaurador situado en QuiIlota se ha pronunciado abiertamente contra el presente orden de cosas; y ha levantado un acta firmada por todos los jefes y oficiales, protestando morir antes que desistir de la empresa, y comprometiéndose a obrar en favor de la Constitución y contra las facultades extraordinarias; creo que ustedes no tienen fuerza con qué resistir a la que les ataca, y si ha de suceder el mal sin remedio, mejor será, y la prudencia aconseja, evitar la efusión de sangre. Pueden ustedes y aun deben entrar en una capitulación honrosa, y que sobre todo sea provechosa al país: una larga y desastrosa guerra prolongaría los males hasta lo infinito sin que por eso pudiera asegurarse el éxito. Un año de guerra atrasaría 20 años a la República: con una transacción pueden evitarse desgracias y conservar el país, que debe ser nuestra primera mira. Una acción de guerra debe, por otra parte, causar grandes estragos en el pueblo que tratan ustedes de defender.*
>
> *Me han asegurado todos que este movimiento tiene ya ramificaciones en las provincias para donde han mandado gentes. El conductor de esta comunicación es el capitán Pica: encargo a ustedes muy encarecidamente le den el mejor trato y lo devuelvan a la división con la contestación.*
>
> *Reitero a ustedes eficazmente mis súplicas: no haya guerra intestina, capitúlese sacando ventajas para la patria, a la que esta unida nuestra suerte".*

Sin embargo, por fortuna Portales se había equivocado. Vidaurre ya estaba enterado que Blanco Encalada acababa de establecer una defensa del puerto con asistencia del Gobernador Cavareda, quedando clara la lealtad del "Valdivia" con el Gobierno. Presa del temor y de la sensación de que las cosas se salían de control, el alzado militar comprendió que si dejaba a Portales vivo, caería sobre él la clase de castigo implacable que el ministro le aseguraba a todos los traidores y los amotinados, y que le llevaron a hacer su famosa aseveración de que haría fusilar *hasta su padre* si era sorprendido participando de conspiraciones. Así, envió en carruaje a Portales y parte de los alzados hacia el Cerro Barón de Valparaíso, colocando al Capitán Santiago Florín como guardia fijo

prisionero. Llegaron avanzada la noche y obligaron al ministro a descender, cosa que logró a duras penas, por estar engrillado.

Florín ordenó disparar contra Portales seis descargas. Según relataría después Necochea, debió repetir la orden dos veces más, ante la vacilación de sus hombres de ejecutar tamaño magnicidio. No habiendo logrado que se obedeciera la orden, uno de los hombres avanzó hacia Portales y le disparó directamente al rostro, destruyendo su mandíbula y parte de la mano con la que el ministro intentó detener el proyectil. Una segunda descarga perforó el tórax, haciendo más horrible aún su agonía. No contento con el espectáculo siniestro, Florín tomó su bayoneta y comenzó a destruir a golpes cortantes el cuerpo aún vivo de Portales, ayudado de otros hombres. Treinta y cinco bayonetazos lo destrozaron.

Diego Portales Palazuelos perecía, de esta trágica manera, asesinado a las tres de la mañana del 6 de junio de 1837. Una muerte inútil para el propósito de los conspiradores pero que, sin embargo, elevó su figura a características de verdadero mito.

Consecuencias del asesinato. Zarpa la primera Expedición Restauradora

La aventura de los traidores y los asesinos de Portales fracasó ruidosamente, siendo aplastada a las pocas horas. Todos fueron apresados y condenados a muerte. Vidaurre tuvo un castigo digno de su acción: fue ejecutado junto a sus cómplices; su cabeza fue clavada en una pica y exhibida en la Plaza de Quillota, y acabó devorada por los perros callejeros. La cabeza de Florín, en tanto, quedó colocada en el camino donde fue capturado, y su brazo derecho decoró por varios días el lugar donde dio muerte al ministro.

No parece convincente creer que la mano confederada no haya estado relacionada con este alevoso crimen político. Sólo quince días después del asesinato, el 21 de junio, llegaron a Valparaíso grandes sumas de dinero provenientes del entonces puerto peruano Arica, a bordo del bergantín francés "Hudson". Según logró averiguar Ventura Lavalle, este dinero había sido aportado por el citado cónsul británico en Tacna, Wilson, amigo y socio de negocios del Mariscal, y ascendía a 15 mil pesos en onzas de oro, datos confirmados al terminar la guerra por una investigación del propio gobierno peruano. Parece obvio pensar que este dinero estaba destinado a la promoción de nuevos alzamientos militares en el ambiente golpista que se había esperado lograr con el asesinato del ministro Portales.

Pero la alevosa muerte de Portales fue un revés inesperado para Santa Cruz. Lejos de incentivar las revueltas y las conspiraciones, sólo logró unir en la indignación a todos los chilenos, hasta entonces dubitativos y poco instruidos sobre esta guerra, como hemos dicho. El crimen reforzó los sentimientos contra la Confederación Perú-Boliviana, quedando la sensación de que la Patria chilena había sido privada de uno de sus hijos más útiles y notables.

Desde la declaración de guerra del año anterior, el Gobierno de Chile había anunciado el estado de sitio por todo el territorio. Pero, tras el asesinato del ministro, los militares se cuadraron férreamente con el Presidente Prieto, buscando demostrar su marginación con respecto a los movimientos golpistas como el de Vidaurre. Así, la sensación de los miembros del Ejército, de que la guerra era sólo una estrategia para impedir que los uniformados siguieran influyendo sobre la política, dio paso a la unidad institucional y a la sólida subordinación al Ejecutivo.

Para empeorar la situación de Santa Cruz, los exiliados peruanos residentes en Chile comenzaron a actuar voluntariamente como agentes de inteligencia para Santiago y a estimular los deseos de venganza por los crímenes cometidos por Freire y por Vidaurre, amparados por los confederados, usando en contra del "Protector" una de sus propias armas: la intriga política y la infiltración sediciosa.

El Mariscal Santa Cruz comprendió, entonces, la tormenta que se venía encima y las fuerzas que acababa de desatar, por lo que pretendió echar pie atrás hasta que las condiciones militares y estratégicas aconsejaran otra cosa. Las fuerzas opositoras interiores podían sumarse fácilmente a una eventual invasión chilena al territorio peruano, provocando una situación nefasta para el futuro de la Confederación, al equilibrar en parte las ventajas de las que podía gozar el poderío peruano, especialmente en el número de efectivos.

A este peligro inminente para la Confederación, se sumaba la amenaza que constituían por entonces la Argentina para Bolivia, luego de que Juan Manuel de Rosas iniciara la etapa despótica de su larga administración política en Buenos Aires, hacia 1835, presionando al territorio altoperuano y deseoso de vengar las penetraciones que el Ejército boliviano había realizado en varias ocasiones, según veremos más abajo. No obstante, la supuesta participación de la Argentina en la restauración de la independencia del Perú y la destrucción de la Confederación, fue una expectativa ilusoria que, a la larga, sólo perjudicó y perturbó la actuación militar de Chile en el país incásico.

Finalmente, en medio de la tensa espera y del ambiente explosivo, el 15 de septiembre de 1837, se envió desde Valparaíso hasta el Perú al Almirante Manuel Blanco Encalada, a luchar con las tropas de Santa Cruz, en lo que se llamó la *Expedición Restauradora*. Esta fuerza estaba constituida por con unos 3.200 hombres en una gran flota armada de seis piezas de artillería. Cerca de 400 de estos efectivos formaban parte de la Legión Peruana organizada por los exiliados en Chile.

Pero, como bien lo previó Portales poco antes de morir asesinado, esta primera expedición chilena, deficientemente equipada y sin la debida preparación, adolecía de tantos problemas que estaba fracasada desde el principio. De hecho, no podía ser peor.

De alguna manera, además, Santa Cruz había sido informado de la organización de esta fuerza casi desde que fuera concebida en la mente de Portales, de modo que la estaba esperando hacía varios meses. Esto había motivado, en parte, sus intentos por provocar

rebeliones militares en Chile, que frustraran el envío de la campaña restauradora. De ahí, también, provendría la infinita hospitalidad y tolerancia con que se trataría a los chilenos una vez llegado allá, según veremos.

Fracaso de la Expedición de Blanco Encalada. Motivos y razones

El fracaso de la campaña chilena estaba anunciado desde la constitución misma de la fuerza militar que la componía, como hemos dicho. Una oscura parte de los soldados chilenos de la Expedición Restauradora aún era simpatizantes de Santa Cruz y del movimiento antiportaliano, por lo que los desertores y los espionajes abundaron.

Blanco Encalada, a su vez, estaba imbuido en los idearios latinoamericanistas y por sus compromisos multinacionales: argentino de nacimiento, ex mandatario provisorio de Chile, ex líder de la expedición libertadora del Perú y con su hermano Ventura Blanco Encalada perfilado, por entonces, como uno de los posibles aspirantes de Chuquisaca a la Presidencia de Bolivia. Además, en Perú se le reverenciaba a la altura de Freire y O'Higgins por su participación en la Independencia, y le unía a Santa Cruz no sólo la amistad y la admiración, sino también la antigua camaradería secreta de los *Caballeros Racionales Lautarinos* y la alta filiación masónica de ambos.

Es claro que, con tal currículum, la orden que le instruyera por carta Portales, de que *"la Confederación debe desaparecer para siempre jamás del escenario de América"*, estaba lejos de ser tomada al pie de la letra. Más todavía, cuando se tuvo confirmación de que las bravuconadas argentinas contra la Confederación eran sólo decorativas y en ningún caso iban a comprometerse con apoyar la intervención chilena, como había sugerido ladinamente Buenos Aires.

Un detalle particularmente importante lo pusieron algunos peruanos exiliados en Chile, presuntos enemigos de Santa Cruz, entre los que tuvo vital importancia Felipe Pardo. Tales personajes habían creado todo un ambiente ficticio favorable a Chile en su entrada contra la Confederación y sobre la disposición inmediata de las tropas de Quiroga en favor de las chilenas.

Pero todo era falso. Al llegar a Perú, Blanco Encalada encontró cero resistencia, pudiendo avanzar tranquilamente sin ser detenido. La misma llegada a la costa y el avance por Quilca estuvo marcado con un recibimiento pacífico, el 4 de octubre, aunque otros autores lo señalan más bien como una recepción hostil, en referencia a la marcada indiferencia de la población local con las expectativas chilenas de encontrar masas de rebeldes alzados y dispuestos a apoyar la causa contra el "Protector", como lo ofrecía Gamarra, a la sazón exiliado en Chile.

El día 5 marcharon hacia Arequipa, siendo recibidos amablemente por los dueños de la hacienda Pichiqui. El día 8, Blanco Encalada envió una carta al Prefecto de Arequipa, protestando por el abandono en que habían quedado muchos pueblos antes de que

llegara a ellos, nota que fue publicada en el diario peruano "El Eco del Norte", agregando grandes alabanzas a la caballerosidad de Blanco Encalada, que reflejaban el sentimiento que el pueblo peruano aún mantenía entonces por él, uno de sus héroes independentistas.

El 9 llegaron a Chorongos, pero la totalidad de la población también había escapado con todas sus provisiones al hombro. Arribaron en Arequipa el día 12 y tomaron la región pacíficamente. Durante todo este tiempo no hubo enfrentamientos. De hecho, hubo varios contactos en el camino con agentes de Santa Cruz.

A pesar de la ausencia de escaramuzas, todo estaba saliendo mal para los expedicionarios. En Arequipa las autoridades y las familias pudientes, mayoritariamente partidarias de Santa Cruz, se habían marchado, auque los 30.000 habitantes restantes recibieron con hospitalidad a los chilenos, luego de tantos días de penurias. Pero todo esto estaba planificado cuidadosamente por las fuerzas confederadas: negociar la paz era la prioridad. No se explica de otra manera que el Mariscal Cerdeña, Jefe del Ejército del Centro encargado de dar protección precisamente a Arequipa, haya abandonado la ciudad súbitamente, dejándola en completa desprotección ante el hecho sabido del avance de los chilenos.

Tras casi un mes de estadía en Arequipa, el peligro de enfrentamiento vino a tener lugar recién hacia el 12 de noviembre. Las fuerzas confederadas comenzaron a llegar desde todas partes del país y a rodear el poblado, pero sin avanzar. El controvertido Coronel Antonio José de Irisarri, nombrado Encargado de Negocios de Chile en Perú, también tuvo una oscura complicidad en los hechos fraguados y en el engaño al que Blanco Encalada había sido arrastrado al creer en el desfile de rumores que habíanse creado en torno a una guerra tan atípica, como la que protagonizaba. Para entonces, Blanco Encalada disponía sólo de 2.750 hombres. Santa Cruz aguardaba cualquier reacción chilena con 3.500 hombres. La mañana del día 18 se le unirían otros 1.100 soldados de los batallones 2º y 5º; y para el 19, el contingente llegaba a unos 5.000.

En la actualidad, y olvidando las inmensas muestras de gratitud que por mucho tiempo ofrecieron a Blanco Encalada antes y después de estos hechos, autores peruanos deseosos de presentar alguna experiencia triunfalista contra Chile, han descrito este episodio con grandes carteles sobre la *"cobardía chilena"* y *"rendición sin disparar un tiro"*. No cabe duda de que una entrada a Arequipa hubiese sido un desastre para Chile, pero era Santa Cruz el Protector invadido, además de tener el *toro por las astas* y, sin embargo, el Mariscal se esmeró en negociar la paz y persuadir a los chilenos de evitar el enfrentamiento ante la superioridad local. Sabía que un triunfo sobre la expedición sólo sería el anticipo de una reacción mayor y decisiva de parte de Chile. Por otro lado, ya hemos visto que Blanco Encalada tenía una clara predisposición a evitar el enfrentamiento general entre ambos países y una necesidad espiritual por eludirlo.

De boca del propio Blanco Encalada, en un "Manifiesto" que publicaría el 28 de diciembre de 1837 como su defensa, una vez de

vuelta en Chile y enfrentado a las acusaciones contra su accionar, encontramos que el panorama de la Expedición era el siguiente:

> *"No me quedaba más partido que mantenerme en Arequipa, confiado en que el enemigo por poco audaz que fuese, trataría de desalojamos provocando una batalla, en que debía contar con el triunfo,atendida la superioridad de sus fuerzas. Por mi parte descansaba en la moral, en la disciplina, era el afamado valor del soldado chileno, y muy particularmente en la excelencia de nuestra caballería. Con estas sobresalientes calidades que contrapesaban la ventaja material del número de los enemigos, no temía los resultados de una acción: por el contrario, deseaba ardientemente, y lo deseaba todo el ejército, medir nuestras armas sin cuidar de contar los enemigos; mas estas esperanzas no se cumplieron. El enemigo conociendo nuestra situación, no quiso aventurar sus fuerzas ni correr los azares de la suerte, y se mantuvo en sus posiciones, esperando que, agravándose por momentos aquella, me vería forzado a emprender una retirada en cuyo caso confiaba hostilizarnos con todas las ventajas que le daban sus crecidas fuerzas, el conocimiento práctico del terreno y la movilidad de una infantería que en esta calidad puede, sin exageración, ser reputada sin igual. No obstante estos lisonjeros cálculos del enemigo, no contaba hacer mi retirada sobre Quilca en buen orden y dirigiendo la caballería sobre Pisco, a pesar de una travesía de más de doscientas leguas de un terreno falto de recursos, dar la vela para dicho punto con el resto del ejército. Esta idea me aterraba sin embargo, al considerar el deplorable estado en que llegaría aquella, después de tan larga marcha, y con los poquísimos auxilios que podía prestarle. Reflexionaba igualmente los apuros, tal vez mayores, en que iba a verme para la subsistencia del ejército, de la escuadra y trasportes en una provincia tan inferior en recursos a la de Arequipa; pero no pudiendo optar entre éste, el otro partido, me era forzoso ceder al único que se me presentaba".*

Así, cercada por todos lados y aislada penosamente en Arequipa, la Expedición Restauradora confirmaba su anunciada condena al fracaso.

El Tratado de Paucarpata y su rechazo. Mitos y realidades 

En estas peligrosas condiciones y con los enemigos mirándose las caras, se iniciaron conversaciones entre Blanco Encalada y Santa Cruz en Paucarpata, hacia el 14 de noviembre, en contra de la voluntad de la gran mayoría de los soldados chilenos de los batallones "Portales" y "Valdivia", que permanecieron leales al Almirante. Y, por supuesto, también obraba en contra de las órdenes expresas recibidas desde el Gobierno de Chile.

Blanco Encalada había propuesto al "Protector" una ronda de diálogo ante un grupo selecto de chilenos y de confederados, además de cónsules de países neutrales (Inglaterra, Francia y

Estados Unidos) oficiando como árbitros. Un dato curioso sobre la naturaleza real de este acuerdo, es que Blanco Encalada tenía la disposición de aceptar las condiciones de Santa Cruz sólo si estas eran favorables a los intereses de la paz y no comprometían el honor de las tropas chilenas. Coincidentemente, Santa Cruz declararía las mismas intenciones, deseoso de evitar mayores y peores reacciones de parte de Chile. Hubo mucho cuidado de ambas partes, por consiguiente, para evitar cualquier clase de daño a la susceptibilidad o al orgullo.

Para el día 17, ya tenían redactado el texto del acuerdo y, en la noche, Irisarri y Blanco Encalada llegaron personalmente a la Quinta de Tristán para firmar con Herrera y Quirós en representación del "Protector", el acuerdo de paz conocido como *Tratado de Paucarpata*. Ya eran horas de la madrugada cuando esto sucedió. Volviendo al "Manifiesto", Blanco Encalada confiesa allí:

> *"En estas aflictivas circunstancias se me propuso por el general Santa-Cruz una entrevista en Paucarpata. Me presté a ella, y esta conferencia atrajo otras de que resultaron al fin los tratados celebrados en Paucarpata entre don Antonio José Irisarri y yo por parte del gobierno de Chile, y los generales Herrera y Quirós por el de la confederación Perú-Boliviana. Antes de proceder a esta transacción, consulté con el general jefe del estado mayor Aldunate y los jefes del ejército, reunidos en consejo de guerra, sobre la proposición de tratar a que se me invitaba por parte del enemigo, y convencidos de ser cierta la manifestación que les hice de lo crítico de nuestra situación y de la fuerza de razones que les expuse, se pronunciaron unánimemente por este partido corno el mejor que en tan difíciles circunstancias podía adaptarse. Del acta que con este motivo se levantó, di al Ministerio conocimiento remitiéndole copia. Si este documento no fuese suficiente a justificar mi conducta militar, y si las razones todas que llevo expuestas en apoyo de ella no bastasen a satisfacer plenamente al Supremo Gobierno, estoy pronto a responder en un consejo de guerra a los cargos que pudiesen hacérseme".*

A pesar de la desventaja en que se encontraban los chilenos, es digno destacar que durante la negociación Santa Cruz no consiguió persuadir a Blanco Encalada de aprobar la entrega inmediata e incondicional de los buques capturados por Garrido, sino que en un plazo y a cambio de que el Perú reconociera parte de la deuda impaga de los gastos que generó a Chile su liberación (1.5 millones sin contar intereses), actitud incompatible con la actual versión peruana que habla de este tratado como un *"pacto de rendición"*. De hecho, el artículo 1º de esta supuesta "rendición" empezaba:

> *"Habrá paz perpetua y amistad entre la Confederación Peruano-Boliviana y la República de Chile, comprometiéndose sus respectivos gobiernos a sepultar en el olvido sus quejas..."*

La firma fue celebrada por las partes presentes y con muestras recíprocas de rendiciones de honor, quedando comprometido a la garantía de Su Majestad Británica, según el texto. Santa Cruz llegaría a comentar que *"la paz obtenida en Paucarpata significaba más que si hubiese ganado diez victorias en el campo de batalla"*, y proporcionó, a continuación, las provisiones necesarias para el regreso de los chilenos, siendo despedidos el día 25. También les compró los caballos que dejaron y los incorporó su ejército del "Protectorado".

Los historiadores chilenos, por su parte, no se ponen de acuerdo sobre la interpretación de los oscuros hechos relacionadas con el Tratado de Paucarpata. Mientras Francisco Antonio Encina considera a Blanco Encalada una víctima de las circunstancias, de la falta de visión desde Santiago y de su propio simplismo, Sergio Villalobos no se extiende demasiado y declara abiertamente el episodio como una derrota sin batalla. Manuel Hormazábal, en cambio, acusa al Almirante de haber antepuesto sus intereses pacifistas y americanistas durante toda expedición, por lo que capítulo de Arequipa era sólo una consecuencia de intenciones que ya estaban definidas desde mucho antes. En lo que todos coinciden, sin embargo, es que se trató de un fracaso que atrasó grave e innecesariamente el desarrollo de la Guerra contra la Confederación.

Como sea, al volver a Chile, el tratado fue objeto de rechazo generalizado y Blanco Encalada terminó sometido a corte marcial. El repudio surgió de la incomprensión hacia la firma de un documento de tales características luego de tantas provocaciones de parte de la Confederación. Además, al momento de llegar de vuelta a Chile, habían arribado también noticias sobre la eventual fractura entre el seno confederado, cuando Gamarra informó que Orbegoso estaba al borde de romper con Santa Cruz. La Corte Marcial también juzgó a Irisarri por su siniestra complicidad con las intenciones del "Protectorado", ordenándole volver a Chile. Protegido por Santa Cruz, el agente se negó a regresar, por lo que se le declaró traidor y se le condenó a muerte. Guatemalteco de nacimiento y de alma, jamás regresó a Chile y después se marchó a los Estados Unidos.

Comentando las decisiones del Gobierno y con respecto a las suyas durante la Expedición, dice Blanco Encalada en su "Manifiesto":

> *"Me es altamente sensible que los tratados no hayan merecido la ratificación del Supremo Gobierno. A él más que a mi toca juzgar de la conveniencia o inconveniencia en materia tan grave y trascendental; pero me acompaña el sentimiento íntimo de las puras intenciones que los dictaron. He dicho que no me quedaba otro recurso que retirarme sobre Pisco, y he apuntado ya a V. S. todas los inconvenientes que iban a resultar de esta operación. Debo añadir ahora que casi la conceptuaba como desesperada y desprovista de todo objeto de utilidad, y que esta consideración habría en último resultado decidídome tal vez a no abrazarla, prefiriendo como más conveniente reembarcar la expedición en Quilca y restituirla a Valparaíso aunque*

con el sacrificio que me habría visto obligado a hacer de todos los caballos, y la necesidad de rechazar los continuados ataques que en una travesía de 30 leguas habría sufrido de un enemigo tan superior en fuerzas y alentado por la naturaleza misma de nuestros movimientos".

Las acusaciones que pesaron sobre Blanco Encalada rondaban los cargos de desobediencia a los planes que había recibido en Valparaíso, alteración de estos planes e ignorar deliberadamente la información que habría recibido en Perú sobre el ánimo de algunos departamentos para levantarse contra Santa Cruz, entre otros cargos. A pesar de todo, fue absuelto de estas responsabilidades por sentencia de la corte marcial dictada en Santiago el 20 de agosto de 1838:

"VISTOS: y considerando que no estuvieron al alcance del señor teniente general don Manuel Blanco Encalada los obstáculos físicos y morales que halló en Arequipa el ejército de su mando, especialmente cuando generales y jefes peruanos hacían esperar con la mayor buena fe, cooperación, abundancia y toda clase de recursos.

Segundo: Que nada de esto podía procurarse a la fuerza porqué no entraba al Perú como conquistador, y tenía que arreglar su conducta a las generosas y loables instrucciones de nuestro Gobierno Supremo que se han traído al acuerdo.

Tercero: Que desde su primer parte oficial ya informó reservadamente en carta particular a S. E. el Presidente de la República sobre la difícil posición en que se hallaba y no pudo preverse.

Cuarto: Que a no obrar como obró en seguida habría sacrificádose infructuosamente con su ejército.

Quinto: Que aunque falto de movilidad y de recursos y con notable inferioridad de fuerzas siempre provocó al enemigo que huyó batirse, le impuso, y se retiró sin abatimiento del honor militar.

Sexto: Que los tres testigos de cargo están varios y desmentidos por triple número.

Sétimo: Que el cargo de haber vendido los caballos en la imposibilidad de su reembarque y traída a Chile, esta bien satisfecho, y si los hubiese degollado daba por ese hecho una prueba de doblez en lo estipulado.

Octavo: Que ha desvanecido completamente todos los cargos, y por esto el juez fiscal de la causa concluyó por la absolución.

Noveno: Que el rango militar del teniente general Blanco, sus interesantes servicios en mar y tierra desde que Chile empezó a trabajar por ser libre e independiente; su decidida consagración al restablecimiento y conservación del orden público que

> *gozamos, y la noble ambición de gloria en todo militar pundonoroso, son otros tantos argumentos de que no pudo hacer mas que lo que hizo: se aprueba la sentencia del Consejo de oficiales generales de f. 253 vuelta: désele la publicidad en todas las provincias prevenida en el artículo 93 título 6º tratado 8º de las ordenanzas generales del ejército, para indemnización de la opinión del señor general Blanco: y se devuelve".*

Otro punto muy recurrido por los autores revanchistas peruanos es alegar hoy en día que el Tratado de Paucarpata no fue "respetado" por Chile, a pesar de que era letra muerta desde su origen, firmado en contra de las órdenes dadas por el Gobierno, fuera de todo conducto regular y más encima sin ratificación o aprobación oficial.

Lo ocurrido en torno a Blanco Encalada no es casual. Años después, el ilustre personaje fundó en Chile la controvertida *Unión Americana*, organismo de corte bolivariano y americanista del que salieron algunos de los personajes chilenos más ligados al entreguismo (Lastarria, Bilbao, etc.) y que arrastraron a La Moneda a la infame y delirante guerra contra España por la liberación de las islas Chincha del Perú, en 1865. La historia heroica, frecuentemente distinta de la historia real, ha permitido una gran cantidad de consideraciones piadosas hacia la persona de Blanco Encalada, a pesar de su innegable gran aporte a la Independencia de América. A pesar de todo, peruanos y bolivianos de esos años no perdieron su afecto y gratitud a la persona de Blanco Encalada, que sólo intentó salvar la paz para que hoy su recuerdo sea expuesto a la tergiversación y la calumnia, como vemos. En 1868, al partir enviado a repatriar los restos de O'Higgins, la prensa peruana del Callao escribió:

> *"Las manifestaciones que el Almirante Blanco Encalada ha recibido al pisar de nuevo nuestras playas, son la fiel expresión del acatamiento debido a su nombre y a sus antecedentes..."*

Su muerte, acaecida en 1876, causó profundo pesar en los círculos políticos y militares peruanos, comparables sólo a la congoja provocada allá por la partida terrenal de O'Higgins. Sólo en décadas recientes, como hemos dicho, algunos ingratos historiadores se han empeñado en emporcar su memoria, buscando alguna forma de denostar el triunfo chileno en la guerra y jugar al empate.

Argentina comprometida en el conflicto. La ineptitud de Buenos Aires

Los historiadores bolivianos y peruanos señalan con frecuencia la existencia de una "alianza" entre Chile y la Confederación Argentina para destruir la Confederación Perú-Bolivia. Para evitar el compromiso de admitir que los intereses argentinos también estaban en peligro dadas las ambiciones del Mariscal Santa Cruz sobre el territorio Norte de ese país en su afán de restaurar el Imperio Incásico, estos revisores intentan proponer que la envidia y el temor a perder la hegemonía regional es lo que habría llevado a

las autoridades platenses a cuadrarse con las intenciones chilenas de enfrentar a los confederados.

Por su parte, los argentinos se resisten a aceptar en su historiografía oficial la importancia que tuvo para el destino de la Confederación Argentina el haberse librado de la amenaza que representaba para la estabilidad de las provincias el afán expansionista de Santa Cruz y del Alto Perú, gracias a Chile. En algunos casos, se exagera la resistencia que lograron establecer algunos grupos al servicio de Juan Manuel de Rosas contra las penetraciones bolivianas en los territorios del Norte del país, minimizando así el hecho de que fuera la victoria chilena en Perú la que realmente logró detener las ambiciones territoriales que estaban enfrentando a la Confederación Argentina con el Alto Perú.

Para uno y otro caso, sin embargo, el hecho es que la participación argentina en la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana fue casi nula y sólo dificultó el desempeño de las acciones militares chilenas, al llenarlas de expectativas incumplidas. Los intentos de contener a Bolivia sólo acabaron en rotundos fracasos en Santa Bárbara, Humahuaca, Iruya y Montenegro, sucesivas derrotas de las fuerzas platenses del General Felipe Heredia.

En el relato de los autores simpatizantes de la memoria de Santa Cruz y que pasean intentando magnificar la participación del Presidente Rosas en el resultado de la guerra, se presenta a la Confederación Argentina en una ficticia alianza militar con Chile, para destruir el "Protectorado" de Santa Cruz. Pero, como las esperanzas con la Casa Rosada fueron todas ilusas e irrealizables, prácticamente ninguna de las dos expediciones del Ejército Restaurador consideraba realmente que los argentinos, ahogados en sus propios problemas internos, pudiesen asistir por alguna parte a los chilenos, por mucho que la Confederación Perú-Boliviana también comprometiera los intereses soberanos platenses.

El plan de Santa Cruz y del expansionismo de Bolivia era avanzar contra Jujuy y Salta desde Tarija, bajo la excusa de perseguir al Coronel boliviano Pedro Arraya, que había escapado a esas tierras tras dar muerte a un capitán de su país. La idea había nacido en verdad, tanto porque la reunificación imperial del "Protector" requería la incorporación de dichas provincias de órbita incásica, como hemos dicho, además de las pretensiones ancestrales que Bolivia tenía en forma particular sobre estos territorios argentinos.

Al promediar el mes de enero de 1837, el ejército boliviano había ordenado preparar una gran fuerza de caballería en Tarija y Mojo, lista para salir sobre los territorio argentinos. Pero las complicaciones internas de la Confederación y el empeoramiento de la situación con Chile hizo desistir a Santa Cruz de aventurarse en una campaña de tanto riesgo.

Sin embargo, Rosas se entusiasmó con poder responder avanzando con una invasión propia hasta Potosí, para incorporarla al territorio argentino, aprovechando las complicaciones del "Protectorado" con Chile y el envío de la primera Expedición Libertadora. Quería adelantarse, además, a la interferencia que los unitarios exiliados en Bolivia intentaban por entonces, amenazando

con una calaverada similar a la de Freire contra el Gobierno de Chile. Ilusa idea, sin embargo, porque a principios de 1838, las fuerzas rosistas, comandadas por Heredia, debieron retroceder rápidamente al ver a los bolivianos marchando hacia el interior por la quebrada de Humahuaca, en Tucumán, mejor apertrechados y mucho más numerosos.

En tanto, el Capitán Roberto Simpson había salido tras la Marina de Guerra peruana, desatándose el Combate de Islay del 12 de enero de 1839. Sin embargo, la corbeta "Socabaya" y los bergantines "Junín" y "Fundador", bajo las órdenes del Capitán Juan José Panizo, lograron escapar de las fuerzas chilenas tras horas de persecución. Sin embargo, estaba escrito en el destino que Chile, de todos modos, lograría el control de los mares para dar paso al golpe final de la guerra.

Desmintiendo el mito de las brillantes capacidades militares del caudillo platense, Rosas tuvo gran responsabilidad no sólo en el trazado de estos planes delirantes para confrontar al "Protectorado", sino también en el abandono y la incapacidad de fuego en que se encontraban sus tropas, acrecentada por el surgimiento de las caóticas fuerzas revolucionarias contrarias a Buenos Aires, en la llamada Coalición de Provincias del Norte. Sólo la acción chilena en el Perú lograría suspender el avance de Santa Cruz por las provincias argentinas, donde cosechó un triunfo tras otro hasta aquel instante, poniendo en serio peligro a Buenos Aires. No obstante, jamás ha existido alguna muestra de gratitud de parte del país platense hacia Chile por estos hechos que, de algún modo, salvaron de la ocupación altiplánica a sus provincias del Norte.

Bulnes y la segunda Expedición Restauradora. El triunfo chileno en Yungay

El duro rechazo del Gobierno al Tratado de Paucarpata obligó la salida urgente de una segunda expedición al mando del General Manuel Bulnes para poner fin al conflicto, infinitamente mejor planeada que la primera y con mayores escrúpulos para la selección de sus jefes y elementos militares. Esta segunda Expedición Restauradora, de 5.400 efectivos, se embarcó con proa al Perú el 10 de julio de 1838, arribando en Ancón, al Norte de Lima, el 6 de agosto siguiente.

Bulnes, futuro Presidente de Chile, era militarmente lo más cercano a una garantía para la victoria chilena. Se había destacado en la crucial Batalla de Lircay de 1830, contra las fuerzas de Freire, y en la lucha contra rufianes escondidos entre los indígenas alzados de Arauco, especialmente tras el aplastamiento de la temida pandilla de "Los Pincheira", en Chillán.

Aunque fue recibido en un clima de hostilidad similar al que enfrentó Blanco Encalada durante el año anterior, la Confederación ya se veía por entonces descompuesta y debilitada, a causa del reciente alzamiento del Estado Nor-Peruano dirigido por los generales Orbegoso y Nieto, tal cual lo había anunciado Gamarra. Bulnes intentó sacar partido a esta situación pero, después de fracasadas todas las posibilidades de acuerdo y sin conseguir convencer a Orbegoso de adherirse a la expedición, optó por

tomarse la capital peruana, derrotando a las fuerzas confederacionistas en la Portada de Guía, el 21 de agosto. Lejos de estimular su adhesión, esto motivó la ira de las fuerzas de Orbegoso, quien consideraba la presencia chilena como una intromisión inaceptable.

Figuras ilustres saltarían a los anales de la historia de Chile en estas valientes acciones contra los confederados, como la legendaria Sargento Candelaria Pérez, que colaboró auxiliando a los soldados de Bulnes, y el Oficial de origen indígena Juan Lorenzo Colipí, hijo de un jefe araucano, por nombrar algunos. Durante esta gesta, además, vuelve a perfilarse la figura antológica del *roto chileno*, presente desde los tiempos de la Independencia, pero que se consagrará en esta contienda y en la Guerra del Pacífico. También se recuerda de este período de la historia la penetración de la cueca chilena en Perú, llevada por estos mismos *rotos* hasta allá, ocasión en que se denominó "la chilena" y se la celebró entre los opositores a Santa Cruz como una muestra de agradecimiento de los peruanos a las fuerzas restauradoras.

La incorporación al Ejército de Bulnes de las fuerzas antiprotectorado de Gamarra, proclamado Presidente del Perú tras una reunión del Cabildo y de notables, aumentó el poder de la fuerza restauradora, consiguiendo así la victoria de Llaclla, del 17 al 18 de diciembre de 1838. El 6 de enero del año siguiente, el triunfo de los restauradores tendría lugar ahora en río Buin, afluente del Santa, donde fueron atacados por las fuerzas de la Confederación.

Mientras, la lucha continuaba en los mares. Buscando realzar la actuación de la Marina de Guerra del Perú en esta etapa en que los confederacionistas eran derrotados, Jorge Ortiz Sotelo escribe:

> *"el 12 de enero de 1839, el escuadrón naval chileno al mando de Simpson y algunos buques que habían transportado a la expedición del general Bulnes fueron atacados en el puerto de Casma por la escuadra confederada formada por la corbeta* Edmond*, la barca* Mexicana*, el bergantín* Arequipeño *y la goleta* Perú*, bajo las órdenes del marino francés Juan Blanchet. La acción duró varias horas, falleciendo Blanchet y perdiéndose el* Arequipeño*, pero causando considerables pérdidas a las naves chilenas. Las fuerzas confederadas se reorganizaron fuera del puerto con el fin de reanudar el ataque, pero el Escuadrón Naval Francés del Pacífico impidió esta acción al reclamar que varios oficiales y tripulantes de la Confederación eran en realidad desertores de sus naves".*

A pesar de todo lo que sucedía, la mayor parte de los peruanos se resistía a participar de su propia liberación y prefería observar cómodamente el desarrollo de los sucesos, azuzados por caudillos como Martínez, que infundían teorías de conspiraciones y temores de conquista por la presencia de los chilenos. Esta apatía la reconoce el Coronel Pedro Godoy en carta a Santiago del 6 de septiembre de 1838, advirtiendo:

> *"...*(el) *odio implacable e invertebrado hacia nuestros compatriotas es el distintivo en todas las fuerzas es el*

distintivo en todas las clases de la sociedad tanto de Lima como de los pueblos circunvecinos".

A la frustrante apatía de la mayoría de los peruanos, se sumó el problema de abastecimientos de la Expedición Restauradora, lo que obligó a Bulnes, en un momento, a tener que retirarse a Huailas, una formación de valles y montes con aspecto de pasaje, al Norte de Lima. Más tarde, un reconocimiento encargado al Coronel español Antonio Placencia, permitió determinar que el valle de San Miguel era más defendible y apropiado para la etapa de la guerra que se venía encima y que todos esperaban fuera la última.

Como los confederados no aparecían por los territorios tomados por los chilenos (estaban dilatando intencionalmente las cosas), se decidió enfrentarlos en el campamento que mantenían junto al río Ancach, en el valle de Yungay, atrás de un paso entre cerros cuyo hito más visible era el puntiagudo monte Pan de Azúcar, donde se había colocando una defensa temible, pues esta posición era estratégica para cortar los suministros a los chilenos.

Así, la mañana del día 20 de enero de 1839, se preparaba la que sería la batalla final y definitiva de esta guerra. Las fuerzas restauradoras de Bulnes, estaban en franca minoría frente a los confederados. Los soldados del "Protectorado", acampados en el lugar, sumaban unos 6.100 según la cuenta general realizada tras las bajas de Buin y luego del envío del batallón "Pichincha" hacia Huailas.

Los hombres bajo el mando de Quiroz, en la estratégica posición del Pan de Azúcar, eran 600, misma cantidad de uniformes en la caballería dispuesta en la retaguardia de Yungay, en la aldea junto al río. Los chilenos, en cambio, llegaban a 4.467, y les acompañaban unos 800 reclutas voluntarios peruanos contrarios a Santa Cruz. Aceptando un margen de variación, dejamos constancia de estas cifras, dada la existencia de algunas exageradísimas versiones peruanas que colocan a los chilenos en una insólita mayoría frente al enemigo, en un intento por lavar expiatoriamente las heridas de la guerra y contradiciendo todos los partes y documentos de la época.

Una connotación particularmente trágica tendría este enfrentamiento por ser, además, el más sangriento que quizás se haya registrado en los anales de la historia americana a la fecha, y en el que todos los involucrados, de uno y otro bando, dieron muestras de valor sobrecogedoras, tras comenzar a las cinco de la mañana del día 20, avanzando primero sobre la loma de Punyán y luego sobre el Pan de Azúcar.

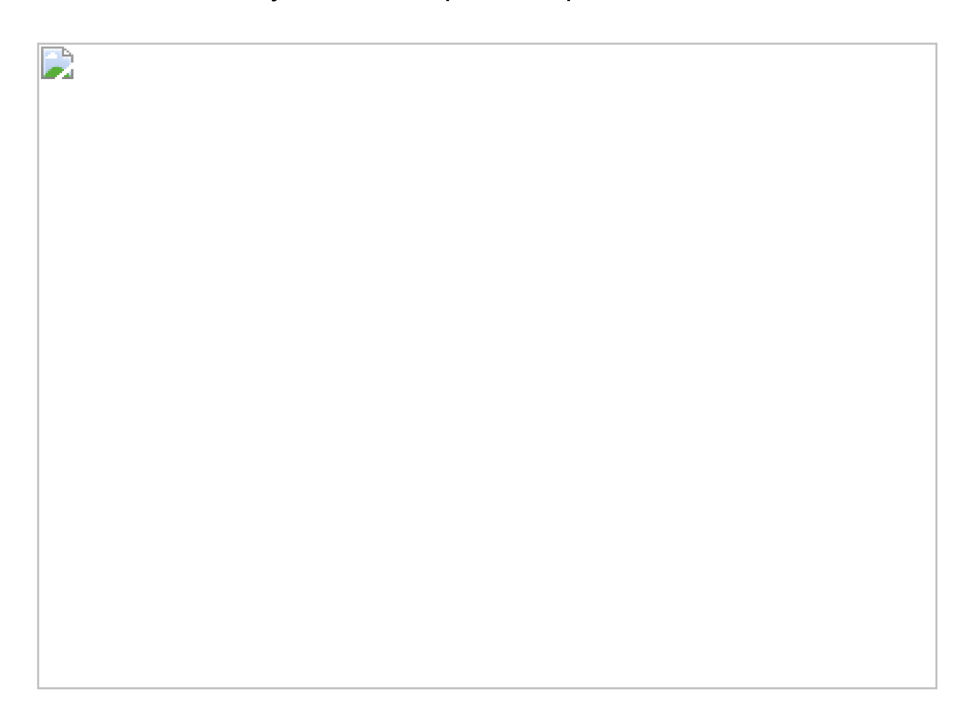
Especial mención requiere, al respecto, el ataque a la citada posición del Pan de Azúcar, donde los costos en vidas hablan por sí solos de las dificultades a las que se enfrentaron los héroes del Ejército de Restauración. Los chilenos avanzaron por su pronunciada pendiente clavando sus bayonetas sobre el suelo para no resbalar. Los soldados de uno y otro lado lucharon con heroica gallardía y la disposición de las partes a no rendirse fue admirable. Se dice que el Ejército del Protectorado culminó con cerca de 1.400 muertos y prácticamente todos los demás heridos o prisioneros.

Cinco compañías que defendían esta posición, acabaron totalmente aniquiladas.

Luego de horas de extenuantes combates, Bulnes decidió embestir directamente contra Santa Cruz, parapetado al otro lado del río y en una posición de difícil acceso, por estar rodeada de cerros. Hacia las tres de tarde, el Mariscal sacó de las trincheras a la infantería y ordenó perseguir a la caballería de los chilenos y liquidarla completamente. Un último intento de las fuerzas restauradoras para aplastar a las fuerzas de Santa Cruz, fue ordenado por el Coronel Fernando Baquedano, y la caballería chilena arrasó al enemigo, llegando hasta sus trincheras y dejando tras sí un reguero de cadáveres. En la confusión, la caballería confederada chocó contra su propia infantería al intentar retroceder, aumentando el dramatismo de la derrota.

Aunque el parte oficial del comando de Chile reconoció sólo 229 muertos y 435 heridos de su lado, la documentación confidencial del Secretario de Estado Mayor, Coronel Juan de Dios Romero, confiesa secretamente que los muertos chilenos fueron 807 y los heridos 735.

Vencido y humillado, el "Protector" Santa Cruz escapó despavorido hasta Lima, dejando abandonadas todas sus pertenencias en Yungay. Llegó al Palacio de Torre Tagle y se encerró en una de sus habitaciones. La leyenda dice que lloró por varias horas.



Vista y plano del combate en el Paz de Azúcar (Yungay, 20 de enero de 1839)

Consecuencias inmediatas de la derrota de las fuerzas de Santa Cruz

Con Yungay se puede considerar sepultado para siempre el sueño bolivariano de unidad americana confederada que había seducido a republicanos liberales e independentistas de vieja guardia, ante la evidencia de que la unión sin fronteras de los pueblos por sobre sus sagradas nacionalidades, era sólo una ilusa fantasía romántica, que

da ocasión de satisfacer sus megalomanías a caudillos locales y expansionistas.

En efecto, la Confederación y la guerra habían colocado la luz sobre las oscuras fuerzas que comenzaban a tomar los timones de algunas de las nuevas Repúblicas de Sudamérica, fuerzas completamente ajenas al espíritu que supuestamente animaba al americanismo y que llevaron al propio Simón Bolívar a abandonar el sueño que hoy lleva su apellido, antes de morir.

Presas de la fiebre de la victoria, las turbas peruanas persiguieron a muerte a los últimos confederacionistas, que escaparon hasta el Callao. Impedidos de lincharlos, los limeños atacaron furiosos las aduanas y saquearon las bodegas que, otrora, pretendían destronar a Valparaíso del predominio en el Pacífico. Más de 10 mil libras en mercancías fueron sustraídas, hasta que un centenar de marinos británicos debió desembarcar para terminar con el caos.

Luego de su amargo llanto en Torre Tagle, el otrora poderoso Santa Cruz salió desde Lima como alma que le lleva el Diablo, buscando una vía de escape. Su corona había caído al suelo, saltando en mil pedazos, y con la aprobación de parte importante de su propio pueblo, que colaboró en la caída del ex "Protector". Sus amigos ingleses lo subieron al navío "Samarang", tras salir desde Arequipa, dejándole a salvo en Guayaquil. Tras cinco años en clandestinidad, fue apresado en 1843, siendo exiliado en Francia. Veremos, más abajo, todo lo que sucedió con el Mariscal durante estas aventuras.

A pesar de sus esfuerzos por salvarse del juicio histórico, Santa Cruz fue objeto de un aluvión de desprecio y repudio por parte de los dos países que abrazara con su "Protectorado". La Asamblea Constituyente de Bolivia, tomándose revancha por las intervenciones descaradas del Mariscal sobre la autonomía legislativa, anuló todos sus actos desde el 14 de junio de 1835 en adelante, además de los acuerdos de los Congresos de La Paz, Tapari y Cochabamba desde 1835 a 1838. Los *Códigos de Santa Cruz* fueron rebautizados de manera oficial *Códigos Bolivianos*, se confiscaron todos los bienes del ex "Protector", y el 1º de noviembre de 1839, finalmente, esta asamblea declaró:

> *"...a Andrés Santa Cruz, presidente que fue de Bolivia, insigne traidor a la patria, indigno del nombre boliviano, borrado de las listas civil y militar de la república y puesto fuera de la ley desde el momento que pise su territorio".*

Aunque Yungay fue, sin duda, una tremenda victoria para Chile y para la autonomía del Perú, con el tiempo generó de parte de algunos elementos peruanos, fuertes resentimientos contra Chile y solidarios con el interés boliviano, que fomentaron cuidadosamente en su favor para justificar los posteriores expansionismos y ambiciones territoriales.

El Tratado Bulnes-Gamarra, firmado con la ocupación de Lima, había comprometido al Perú a pagar todos los gastos que a Chile le había significado la aventura contra la Confederación. Sumados a los dineros que ya se debían desde la campaña libertadora, la cifra llegó a los $ 5 millones casi exactos. El dinero había sido conseguido por empréstitos logrados por Chile en Londres.

Sin embargo, casi tan pronto se retiró la Expedición Restauradora en 1840, el "agradecido" Gamarra desconoció los intentos de arreglo directo con Bolivia sobre las indemnizaciones que se debían a Chile, motivando una reacción de la Cancillería chilena, que se fue al infierno luego de la prepotente y descarada invasión peruana contra Bolivia, ocasión en la que Chile debió ofrecerse como mediador para volver a salvar del colapso al Perú, que había sido rotundamente derrotado en los campos de batalla. Una de las principales razones de Gamarra para cesar los pagos, era su intención de guardar fondos para aventurarse en la invasión de Bolivia, como veremos más abajo que ocurrió.

Tras años de negociaciones, el monto adeudado quedó reducido a sólo $ 2 millones. Fueron pagados por el Estado del Perú en varias cuotas, hasta 1856, y con ello Chile perdió cerca de $ 3 millones, defraudado por el incumplimiento peruano.

El General Bulnes, en tanto, fue recibido como el héroe que era, de vuelta a Santiago. Llegó a la Presidencia de la República dos años después, con dos períodos consecutivos iniciados el 18 de septiembre de 1841.

La victoria chilena se inmortalizó con la construcción de la Plaza y el Barrio de Yungay, en Santiago, y José Zapiola escribió el famoso "Himno de Yungay", que rápidamente se incorporó en la sociedad casi como una canción popular e incluso como segundo himno nacional, en aquellos tiempos donde los símbolos patrios aún eran jóvenes:

> *"Cantemos la gloria*
> *del triunfo marcial*
> *que el pueblo chileno*
> *obtuvo en Yungay"*

A pesar de que no todo el pueblo peruano estuvo con Santa Cruz, el aplastante y categórico triunfo chileno puso de manifiesto las deficiencias del poder bélico de una nación que, justamente, se jactaba con gran orgullo de tales capacidades, además de engendrar nuevas excusas al antichilenismo, que continuaba mirando con recelo la capacidad de Chile de haber intervenido en el destino del Virreinato del Perú, años antes.

La Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana iba a poner en evidencia, por primera vez, no solamente la capacidad de estos países de materializar un proyecto expansionista sobre el territorio nortino chileno y de otras naciones de la comunidad vecinal, sino la cabeza visible de lo que sería una tónica constante en las relaciones de todos estos mismos países en la dura realidad continental de la región: la competencia feroz por la hegemonía comercial y estratégica.

Triste final de la unidad peruano-boliviana: Gamarra invade Bolivia

No bien se retiraron las fuerzas restauradoras chilenas del territorio peruano, en 1840, Gamarra cayó poseído por las ambiciones expansionistas y los afanes de revancha contra Bolivia, usando como excusa la profunda crisis política que afectaba por esos días

al Altiplano y buscando esquivar la misma clase de inestabilidades que amenazaban su gobierno, a través de la unión del pueblo peruano ante la imagen de un enemigo común.

A la sazón, había en Bolivia tres gobiernos confrontados. La administración de José Mariano Serrano se había atrincherado con sus fuerzas en Chuquisaca, luego de que José Miguel Velasco fuera hecho prisionero por los alzados en Santa Cruz. Este mandatario había ofrecido sus felicitaciones a Bulnes en marzo de 1839, lo que evidencia sus ideas afines a la restauración más que a los confedederados. Un denominado *Gobierno de Regeneración* se había establecido por cuenta propia en Cochabamba. En La Paz, en cambio, José de Ballivián logró convencer a los alzados locales que lo proclamaran Presidente de la República, preparándose al instante para enfrentar a sus adversarios. Las antiguas fuerzas partidarias de Santa Cruz también metían la mano en el conflicto, buscando restaurar la tutela de Bolivia sobre su vecino del Pacífico.

En cierta forma, el conflicto entre Perú y Bolivia estaba siendo contenido desde los tiempos de Bolívar. Las condiciones en que creía encontrarse Gamarra para concretar este inevitablemente enfrentamiento, al terminar la ocupación chilena, le parecieron propicias dado el caos político y social del Altiplano, y preparó así su ejército para invadir el territorio del vecino y someterlo a la administración del Perú, al contrario de la Confederación que había proyectado Santa Cruz, donde era Bolivia la nación monitora del "Protectorado".

Sin embargo, Gamarra no contó con el hecho de los bolivianos lograrían unirse en torno a la amenaza de un enemigo común, aceptando a Ballivián como su Presidente de la República. De hecho, fue gracias a la invasión peruana que el Altiplano pudo consolidar con relativa solidez su estructura política republicana. El 27 de septiembre de 1841, fue reconocido como General en Jefe y Presidente Provisorio en Tiahuanaco.

En respuesta, Gamarra inició la invasión de Bolivia el día 3 de octubre, con 6 mil hombres bajo sus órdenes, penetrando en Viacha. El día 26 de octubre, ya ocupando La Paz, designó Prefecto y Comandante General a Juan Bautista Zubiaga, y como Intendente de Policía a Juan Sandoval. Si no intentó intervenir más aún en la capital boliviana, fue por la escasa prudencia que aún le aconsejaba no echarse encima al pueblo altiplánico.

La reacción boliviana no se hizo esperar y, en las llanuras altiplánicas de Ingaví, las fuerzas enemigas se vieron cara a cara, el 18 de noviembre de 1841, durante la madrugada. Se dice que Ballivián arengó a sus hombre diciendo con vehemencia:

> *"Los enemigos que veis al frente, pronto desaparecerán como las nubes cuando las bate el viento"*.

El combate fue de una ferocidad escalofriante. Todo el ejército peruano fue aplastado y hasta el propio Gamarra encontró la muerte en la batalla, derrotado por los bolivianos. Sólo algunos sobrevivientes regresaron escapando hasta el Perú.

Acéfalo el Gobierno peruano, su capital cayó en el más completo caos, alcanzando el resto del país y poniéndolo en una

peligrosísima situación, en caso de que Ballivián decidiera cobrarse la revancha invadiéndolo. Esta crisis, de hecho, se extendió por tres años más. Sólo una intervención chilena logró salvar al Perú de la total perdición frente al poderío boliviano. Intervención que, está demás decirlo, nunca significó algún gesto de gratitud de parte del país incásico hacia su vecino.

Cuando las fuerzas bolivianas contraatacaban avanzando hacia el Cuzco y amenazando con tomar Arica, el Gobierno del General Bulnes intervino en el conflicto obligando a Bolivia a detener su avance, lo que permitió a las desorganizadas defensas peruanas contener al ejército altiplánico. Esta situación creó las condiciones de negociación de tregua, materializadas en el Tratado de Paz de Puno del 7 de junio de 1842.

Fue así cómo la intervención mediadora de Santiago logró evitar la carnicería en la que estuvo apunto de convertirse la confrontación entre los dos mismos pueblos que, hasta hacía sólo dos años, seguían jurándose promesas imperecederas de secular unidad confederada.

Intrigas del Mariscal Santa Cruz después de la derrota confederada

Estando aún en Arequipa, saboreando el dolor de la derrota y planificando su escape, Santa Cruz redactó dos proclamas de despedida para Bolivia y Perú, en la que llena de loas a ambos pueblos pero condena sin miramientos al enemigo chileno, presa del odio profundo que no sólo le inspiraba la adversidad del momento, sino por el antichilenismo que siempre había motivado la mayor fracción de su actuar político.

Francisco Antonio Encina comenta que la intención de estas proclamas era *"prevenir la violenta reacción de odio que casi siempre se ensañaba en los mandatarios y regímenes caídos"*, y que, como hemos visto, se materializó en la invasión de Gamarra a La Paz y la posterior reacción de Ballivián ansioso de aplastar al Perú. Poco podía hacer, sin embargo, porque el odio entre ambos países y la repulsa hacia su propia persona, en quien se representaban todas las desgracias de la guerra y de la crisis política profunda, ya era un sentimiento casi generalizado entre peruanos y bolivianos.

Habiendo sido conducido por el "Samarang" hasta Guayaquil, el Mariscal se encontró cobijado por sus amigos ingleses y ecuatorianos, dirigidos por uno de sus seguidores, el Gobernador Vicente Rocafuerte. El Gobierno de Ecuador le proporcionó mucha ayuda para comenzar a planificar su regreso a Bolivia y la recuperación del poder en el Altiplano. Sin perder tiempo, volvió a volcarse al trabajo de planear conspiraciones e intrigas, pactando alianzas secretas y operando bajo cuerdas con las fuerzas que alteraban a su patria en esos días.

Siempre conciente de que ningún esfuerzo sería suficiente para evitar revelarlo como un indeseable ante la historia de América, el Mariscal publicó en Quito, el 26 de enero de 1840, su famoso "Manifiesto", donde pretendió justificar su actuación y liberarse de

todos los cargos, imputando la desgracia de los pueblos peruano y boliviano en las figuras de Prieto, Rosas, Ballivián, Gamarra y todos sus innumerables enemigos. Entre otras cosas, este documento tiene el mérito de reconocer algo que hoy parecería prácticamente imposible oír de un político boliviano: que Bolivia jamás tuvo mar propio, al contrario de lo que alega su mito histórico. Bien lo sabía Santa Cruz, quien inició el grueso de la actividad para proveer a su patria de un puerto propio en Cobija, sobre territorio chileno.

Sin embargo, en lo referido a las razones de su actual político confesadas en el "Manifiesto", a sus móviles y propósitos, según Encina, *"desde su primera hasta su última línea es una deformación escrita con gran destreza y astucia"*. Efectivamente, Encina se tomó el trabajo de confrontar el más recurrido de los documentos dejados por Santa Cruz, con un grueso material histórico, demostrando que en él *"casi no hay un solo hecho o confesión que no esté adulterado con la más refinada astucia"*.

Con la crisis Perú-Bolivia y tras la Batalla de Ingaví, Santa Cruz permaneció entre las sombras por algunos meses. Sin embargo, antes de terminado el año 1842, volvió a la acción organizando una nueva conspiración que tenía por objeto, esta vez, asesinar a Ballivián. Al parecer, ésta fue dirigida por su sobrino, el Teniente Coronel Fructuoso Peña. La conspiración fue descubierta, sin embargo, y 14 de sus actores fueron llevados al patíbulo, incluyendo a Peña.

Intentando escapar hacia Cobija para establecer otra base de acción, despistó al gobierno de Bolivia solicitando -a través de sus cómplices en Lima- una autorización al Director Supremo del Perú, Manuel Ignacio de Vivanco, para trasladarse a Tacna. Como alternativa, sugirió una legación en Europa. A cambio, se comprometía a lograr para el Perú una escuadra poderosa, que le devolviese el predominio en el Pacífico. Vivanco creyó que esta última idea era lo mejor para el interés de su patria, de Bolivia y Chile, accediendo a la petición del Mariscal. Pero La Moneda reaccionó molesta y se empeñó en tratar de cambiar la decisión de Lima.

En este tanto, el 16 de agosto de 1843, Santa Cruz se embargó silenciosamente en Guayaquil con proa a Cobija o algún fondeadero cercano, desde donde iniciar la revuelta revolucionaria con la que pensaba derrocar a Ballivián. Sin embargo, al pasar por Tacna, los constitucionalistas dirigidos por el General Ramón Castilla que estaban cerca de derrocar a Vivanco, ya se habían apoderado de los territorios de Moquegua, Tarapacá y Tacna, constituyendo una junta provisoria de gobierno. El Cónsul inglés Wilson intentó convencer a Castilla de permitirle residencia en Tacna a Santa Cruz (pues ya tenía hasta la casa escogida), ofreciéndole ayuda contra Vivanco y una serie de favores políticos y comerciales de parte de Londres. El Mariscal esperaba impaciente en la costa, mientras tanto, a bordo de la goleta "Quintanilla".

Pero Castilla no comulgaba con Santa Cruz ni con la idea de echarse encima a La Paz por mucho que le despreciara, por lo que informó de esto al gobierno altiplánico, venciendo el odio íntimo que sentía por Ballivián luego de cobardes y sucias vejaciones a las que

éste le sometió tras del desastre de Ingaví, cuando se hallaba prisionero.

Previendo quizás el mal desenlace de la gestión de Wilson, Santa Cruz no contuvo su ansiedad y logró descender furtivamente a tierra el 13 de octubre, cerca de Camarones, ayudado por el comerciante argentino José Manuel Castellanos y algunos lugareños. Se internó por el valle de Lluta, al interior de Arica, escondiéndose en Chapiquiña, junto al tramo cordillerano del río Lauca y cerca de la frontera con Bolivia. Paralelamente, sus amigos Wilson y el General Braun, comenzaron a preparar un frenético plan de invasión de Bolivia desde estas provincias peruanas contiguas, con asistencia de Agreda, Castellanos, Gómez de Goitia, Irigoyen y otros cómplices, entre los que figuraban importantes elementos extranjeros residentes en ambos países. Pero al ser capturado por los peruanos Castellanos, éste delató a los conspiradores y reveló el escondrijo de Santa Cruz, quien fue apresado sin resistencia la medianoche del 2 de noviembre de 1843, siendo conducido a Moquegua.

Ballivián solicitó directamente la pena de muerte para Santa Cruz, a través de su representante Gil Antonio de Toledo. Pidió que no fuese entregado a Chile, pues creía que desde este país llevaría adelante la misma clase de intervenciones que hasta hacía poco conducía desde Ecuador en contra de Bolivia.

Sin embargo, tras arduas negociaciones, se concluyó en que debía ser alejado de América por diez años, fusilándosele si ponía un solo pie en cualquiera de los tres países.

En tanto, el Cónsul de Chile en Arica, Ignacio Rey y Riesco, ofreció a la junta constitucionalista hacerse cargo del Mariscal, para evitar más roces entre Perú y Bolivia. El representante chileno era cuñado del Coronel Mendiburu, lo que le dio acceso directo a la confianza de los constitucionalistas. Estos accedieron en un convenio firmado en el Cuzco el 11 de enero de 1944, poniendo como condición que Santa Cruz fuese devuelto al Perú si el gobierno así lo solicitaba a futuro.

Un último intento de motín en Moquegua no fue capaz de impedir que, el 1º de febrero, Santa Cruz fuese subido la fragata "Chile" para ser llevado hacia territorio sureño. Tras una tensa espera, el Gobierno de Chile autorizó al Capitán de fragata Pedro Díaz Valdés (hijo del español Pedro Díaz de Valdés y de doña Javiera Carrera) a zarpar con el ilustre reo el 14 de febrero.

La idea no gustó a nadie: ni a Ballivián, que presentó protestas acusando a Chile de querer asumir el papel de Inglaterra con respecto a Napoleón; ni a los constitucionalistas de Tacna, al saber que el representante chileno Rey y Riesco no había sido informado de esta salida. A pesar de ello, este último defendió la gestión chilena asegurando que era una medida de seguridad necesaria.

Cómodo cautiverio de Santa Cruz en Chillán. Su exilio y muerte en Francia

La llegada a Valparaíso de la "Chile", el 8 de marzo, coincidió con un estallido de violencia en Perú, dirigida por los pocos pero

pujantes adherentes que quedaban para Santa Cruz en el país, por lo que sus autoridades habían comenzado a solicitar el regreso del detenido hasta ese territorio. La idea era defendida tanto por quienes querían ver de vuelta al *Napoleón de los Andes* en Perú, como por quienes esperaban su arribo sólo para fusilarlo. La delicada situación en que quedó Chile, entonces, era la de proteger la vida de un reo, irónicamente un enemigo.

El período siguiente coincidió con la crisis política peruana y la derrota de Vivanco el 17 de julio, en la batalla de Carmen Alto, ganada por Castilla. Esto permitió a Lima llegar a un nuevo acuerdo con el fiscal de la corte de apelaciones que oficiaba como agente confidencial de Chile, Manuel Camilio Vial, el 11 de enero de 1845, desechando el acuerdo anterior. Este compromiso permitía a Santa Cruz quedarse momentáneamente en Chile bajo custodia y protección, previa a su envío forzado a Europa por un plazo no mayor a seis años. También se acordó procurar de Bolivia la devolución de los bienes que le fueron secuestrados a Santa Cruz.

Irónicamente, el otrora peor enemigo de Chile, quedó cómodamente instalado y a expensas de éste país en Chillán, el 2 de mayo de 1844, casi como un huésped de lujo, con cocinero francés, caballos, champaña, mozos, mucamas y hasta una pensión. El Mariscal contaba incluso con escopetas y asistentes para salir a cazar. Más encima, quedó a cargo del militar francés y ex oficial napoleónico, Coronel Viel, quien tenía fama de vividor y contaba con la autorización para gastar sin restricciones en este paradisíaco cautiverio. Sólo la mesa de Santa Cruz estaba costando la friolera de 500 pesos, de modo que la estadía del reo se convirtió rápidamente en un fastidio para las deprimidas arcas fiscales.

A pesar del refinamiento y del lujo, Santa Cruz planificó escapar ayudado por franciscanos e indios locales, fantasía que sólo quedó en sus sueños. Intentando darle la mano, sus amigos planificaron su salida a Londres o a París. El 31 de julio, la Representación de Chile en Francia manifestaba la disposición del Ministro Guizot para hacerse cargo de Santa Cruz. Recuérdese que el Príncipe Luis Felipe era un gran amigo del Mariscal. Poco después, el Cónsul de Gran Bretaña en Santiago, Walpole, envió una nota a La Moneda el 14 de agosto, solicitando a nombre de su gobierno la liberación de Santa Cruz como una medida de sensatez.

Con el ascenso de Castilla al poder, las partes volvieron a sentarse a negociar sobre el destino del incómodo personaje. Perú y Bolivia, luego de muchos *tira y afloja*, aceptaron firmar un acta el 7 de octubre de 1845, en donde aceptaban la posición chilena que, en resumidas cuentas, era la misma que siempre había sugerido Santiago, desde el principio: el envío de Santa Cruz a un puerto europeo y por un plazo no inferior a seis años. Se acordó, sin embargo, que sus bienes quedaran hipotecados en cumplimiento de estas condiciones hasta terminado el plazo. Santa Cruz dirigió personalmente un oficio al Gobierno de Chile, el 25 de octubre, donde manifestaba su conformidad con lo convenido el día 7.

El intercambio de ratificaciones tuvo lugar el 17 de diciembre. Se le pidió a Santa Cruz reafirmar su oficio del 25 de octubre, a través de un documento triple. Fue puesto en libertad hacia fines de enero de

1846, y se embarcó rumbo a Europa el 20 de abril, a bordo del mercante francés "Nueva Gabriela".

A su salida hacia Francia, se despidió de todos quienes ampararon su cautiverio, especialmente del Coronel Viel. Pero se cuenta que, al salir el bote que lo llevaría a la nave, volvió su mirada hacia tierra y exclamó con desprecio, sorprendiendo a quienes le despedían: *"¡Adiós, país de mi ruina!"*.

Su estadía en París no tuvo la comodidad que gozaba en Chile, pues dependía sólo de la modesta pensión que le enviara el Gobierno de Bolivia. Ésta se esfumó con la caída de Ballivián, tras la crisis y la anarquía de 1847. Sus propiedades fueron prácticamente saqueadas, y se las devolvieron en estado deplorable. Dos de ellas, de hecho, nunca le fueron devueltas.

Iracundo por lo sucedido y por lo que consideraba un incumplimiento de sus exigencias, amenazó a los tres gobiernos con regresar a América, lo que puso los pelos de punta a Manuel Belzú en Bolivia y a Castilla en Perú. Sin embargo, La Paz accedió a complacer al controvertido personaje nombrándolo su representante ante Francia y el Vaticano. Esta gestión diplomática de Santa Cruz en Europa estuvo lejos de llegar a los resultados históricos que el caudillo prometía, a pesar de ser simultáneamente embajador y plenipotenciario. Uno de sus pocos logros fue un tratado de amistad y comercio con Francia y un concordato con la Santa Sede que no fue ratificado por su gobierno. En 1855, Belzú lo jubiló con la tercera parte de su sueldo. Como coincidía esta fecha con el fin de su cautiverio, volvió a América poniendo pie en Buenos Aires.

Los intentos por recuperar el poder fueron un fiasco para el veterano Mariscal, que ya frisaba los 63 años. En Salta, preparó una ambiciosa campaña presidencial para competir con el General Córdoba, yerno de Belzú, por la Presidencia de Bolivia. Pero fue derrotado. Incapaz de adaptarse a la realidad política y ya sintiéndose ajeno a los pueblos de América, solicitó a Córdoba poder trasladarse de vuelta a Europa. El mandatario accedió, pero concediéndole la mitad del sueldo que le correspondía a su grado militar.

No sabemos si estaba desde antes en sus planes o si la idea surgió de la insatisfacción que pudo sentir por la propuesta de Córdoba, pero el caso es que Santa Cruz retornó a Salta para reunir armas y hombres con la intención de avanzar sobre Bolivia y tomarse el poder, restaurando así sus arteros y temidos métodos de antaño. Lamentablemente para él, la noticia de esta intentona llegó a oídos de Córdoba, quien exigió al Gobierno de Salta la expulsión de la provincia para el conspirador.

Santa Cruz debió partir a Entre Ríos, donde pudo contar con el amparo del Presidente de la Argentina, General Urquízar. Allí adquirió muchas haciendas y se radicó en Rosario del Panamá, en 1859.

Sin embargo, el anciano nunca pudo renunciar al refinamiento y la simpatía por la realidad francesa, único remedio para sus frustraciones y resentimientos. Tras establecerse en Versalles, falleció el 25 de septiembre de 1865.

Intentos "americanistas" por anatematizar la figura histórica de Portales

A pesar de todo lo expuesto, en las últimas décadas entreguistas chilenos y revanchistas peruanos han comenzado a dar muestras de luto contra la gloriosa epopeya chilena de Yungay, personificando en Diego Portales las razones del enfrentamiento, teoría que no resiste el menor análisis, ni siquiera en el esquema del materialismo histórico al que tantos conejos le sacrifican estos autores. Inspirados en sentimientos de origen pseudo americanista, se ha tratado de reivindicar la memoria de aquella aventura del Mariscal Santa Cruz y depositar en Portales las responsabilidades de haber destruido tan "noble" proyecto americano, como era la Confederación.

Recordemos que, ya en su tiempo, José Victorino Lastarria, en su megalomanía y desprecio político, había llegado al prejuicio delirante de declarar que Portales no era más que *"un pillo de los que tiene nuestra tierra a puñados"*, en circunstancias de que hasta su propio Némesis, el Protector Santa Cruz, había reconocido con honestidad tener "un alto concepto" de él.

Lamentablemente, los cuestionamientos y las críticas hechas a la figura de Portales dentro de un contexto de investigación histórica seria, como la ofrecida por Sergio Villalobos, han sido utilizados en forma tendenciosa y maliciosa para sembrar la cizaña contra la memoria del ilustre ministro chileno, desconociéndose deliberadamente, entre otras cosas, la rectificación que el propio historiador ha hecho de su opinión sobre el ministro en trabajos posteriores.

Como era de esperarse, el desprecio del marxismo chileno hacia figuras que representen el orden y la autoridad política (indistintamente llamadas *fascistas* en su argot con "conciencia de clase", sin respetar la lógica histórica ni la cronología) también ha solidarizado en muchas oportunidades con la pasión antiportaliana de Perú y Bolivia. Es así como, durante el Gobierno de la Unidad Popular, el Presidente Salvador Allende autorizó bajo excusas "americanistas" el cambio de nombre del Liceo Diego Portales al de *"Liceo Ernesto Che Guevara"*. Afortunadamente, se trató de un cambio de muy corta duración.

En esta anatematización de la figura Portales, vale señalar la obra del autodenominado *"historiador del pueblo"* Gabriel Salazar, cuya pasión antiportaliana tan propia del izquierdismo clásico chileno, le ha llevado a condenar la figura histórica del ministro, imputándole los mismos cargos dogmáticos que le perdona piadosamente a la memoria del propio Allende, por quien el autor suele ser denodado en elogios generosos.

Esta clase de demonizaciones son acogidas con entusiasmo por el público peruano. En un artículo del diario "El Correo" de Perú, del 8 de julio de 2005, titulado "Andrés de Santa Cruz vs Diego Portales", el jurista y político Javier Valle Riestra declara, reflejando más o menos el tipo de revisión histórica que se ha hecho en el Perú de la figura del Santa Cruz y de su valoración como icono de revanchismo y antichilenismo:

> *"Chile se seguirá anotando victorias en medio del castrado pacifismo peruano porque Diego Portales sigue ganando batallas después de muerto. Ante la mediocridad y ceguera de nuestros líderes vivientes, exhumemos el espíritu del Mariscal Andrés de Santa Cruz para que nos conduzca a alto-peruanos y bajo-peruanos a la victoria, a la reivindicación y al desquite".*

A pesar de todos estos antecedentes, el mito peruano-boliviano quedó sentado, así como el anatema de figuras como Bulnes, Portales y del propio Presidente Prieto, descritos como engranajes de una "conspiración expansionista chilena" y, por supuesto, culpable de blasfemia "antiamericanista".

El reencuentro de los restos mortales de Diego Portales en la cripta de la Catedral de Santiago, en marzo de 2005, durante las remodelaciones del edificio, permitieron que su figura reflotara en momentos en que el precario ordenamiento institucional y político chileno necesitan con urgencia, precisamente, un eco nostálgico de la fuerza y la pasión portaliana para su revitalización. No faltaron quienes aprovecharon la oportunidad de reabrir las conocidas apologías del confederacionismo y el americanismo inspiradas en el mero ataque y la descalificación contra la imagen del ministro.

Mas, como lo advirtiera Enrique Bunster, el *"salvador de Chile"* ya ha pasado a cristalizarse en la esencia de la identidad nacional y en la luz de sus más altos objetivos, causas nobles que siempre tendrán un buen puñado de enanos buscando el derrumbe y el regreso al caos que es, en esencia, su ralea de placer y comodidad.

Mistificación e idealización literaria de la Confederación Perú-Boliviana

Desde muchos puntos de vista, con la batalla de Yungay, Chile cometió un acto de enorme generosidad con el Perú no sólo por liberarle del sometimiento confederacionista, sino también porque las fuerzas chilenas, teniendo todas las razones validadas por el Derecho Internacional de Guerra para adicionarse una enorme tajada de territorio peruano en demanda de una indemnización por esta guerra o bien como exigencia de pago de los dineros que se adeudaban desde la independencia, no lo hizo. Por el contrario, se devolvieron íntegramente los territorios ocupados a sus dueños.

Por mucho tiempo, voces solitarias como la de Benjamín Vicuña Mackenna habían sido las únicas que se prestaron en Chile para el necesario lavado de imagen que requería el proyecto confederacionista, antes de ingresar al palacio de la fama del bolivarismo nacional. A juicio del intelectual, la victoria de Yungay:

> *"...sería reputada de crimen americano...* (porque) *Chile había muerto con sus armas, el único ensayo de confederación que habían hecho dos pueblos"*.

Para comprender el espíritu que animaba estas palabras, basta recordar que Vicuña Mackenna acabó siendo otro de los varios fundamentalistas bolivarianos de la "Unión Americana", que ya hemos descrito. Y aún cuando no pudo negarse a admitir que Portales era *"la más alta figura"* de la historia chilena, no vaciló en

dar crédito a las muchas expresiones odiosas que personajes como José Antonio Rodríguez Aldea y José Victorino Lastarria vertieron contra el ilustre ministro. Las de este último, especialmente, le permiten arribar a Vicuña Mackenna en lo que se ha llamado "voto absolutorio" para el tirano Santa Cruz y la Confederación, especialmente en la obra de autores peruanos como Jorge Basadre. También elogió al asesino Vidaurre, por su negativa a participar en las campañas contra el Perú.

El paso del tiempo ha permitido ir perdonando paulatinamente el negro historial de Santa Cruz, en proporción a la condena de las razones que precipitaron la reacción chilena y la guerra, luego de quedar en evidencia el intervencionismo del "Protector". El autor Alfonso Crespo ha llegado a sacralizar la figura del Mariscal, otorgándole ribetes de franca devoción religiosa. Coincide esta situación con un proceso similar de restauración de la imagen del "Protector" en el Perú, por lo que gran parte de estos relatos se basan de autores e historiadores peruanos de pluma revanchista, como es el caso de Basadre.

Vale recordar que, en otros años, la tendencia era más bien a quitarle méritos a la importancia decisiva que tuvo el General Bulnes en la victoria sobre los ejércitos confederados, para transponerlos hasta los peruanos liderados por Gamarra, según veremos más abajo.

En el trabajo "7 Ensayos Suramericanos" (¿estará inspirado el título en los “7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana”, del peruano José Carlos Mariátegui?), republicado el año 2000, el profesor bolivariano Pedro Godoy Perrin hace un buen grado de apología del tirano Santa Cruz y de su obra confederacionista. Ignorando la calidad rebelde de prácticamente todo el Norte del Perú, Godoy se atrinchera en el muy débil argumento de que los sectores anticonfederacionistas que llamaron a los chilenos sólo representaban a las clases aristócratas del Perú.

Por su parte, regalando loas a este trabajo chileno, el boliviano Mariano Baptista Gumucio, otro "americanista" reconocido, declaró su homenaje a *"tal doctrina antaño de Andrés Santa Cruz y de Bernardo O'Higgins y ogaño de Gabriela Mistral y de Felipe Herrera"*.

Otra estrategia de los defensores de Santa Cruz ha sido confrontar la opinión de O'Higgins con la del Gobierno de Chile frente a la amenaza de la Confederación, considerando que el prócer tenía una opinión favorable hacia el Mariscal y confiaba en que el "Protectorado" no llegaría a convertirse en una amenaza para Chile, intentando persuadir al Presidente Prieto de no enviar las expediciones restauradoras. Sin embargo, es probable que la simpatía de O'Higgins por la Confederación no hayan sido más que el reflejo de su ideario de unidad americana, pues, a diferencia de Freire, jamás participó de las intrigas de Santa Cruz y hasta mantenía una relación cordial con Prieto. O'Higgins, también se negó a fumar la pipa de la paz con Freire y se marginó de la calaverada de 1836. Sus palabras escritas en marzo de 1839 a Prieto, reflejan su verdadera posición frente al triunfo chileno sobre la Confederación:

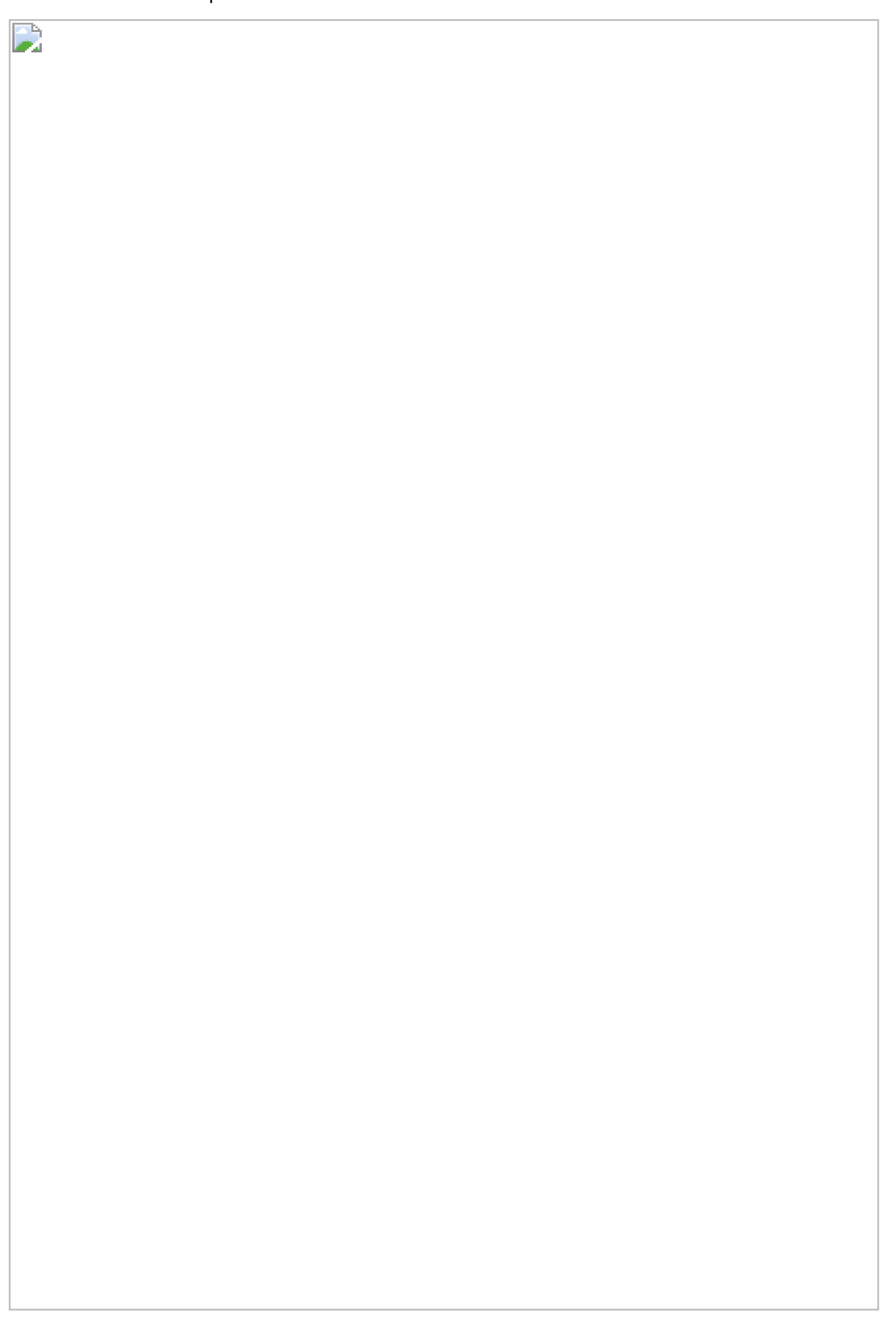
> *"La victoria de Yungay vuelve a poner la pluma en mis manos no para distraerlo de sus graves atenciones, sino para felicitarlo por un triunfo que nuestra querida patria ha obtenido todo cuanto podía desear, su honor, seguridad y la independencia del Perú, por lo que Chile ha hecho tan grandes como generosos sacrificios".*

En la actualidad, los autores peruanos y bolivianos se ha arrodillado ante dos curiosas tendencias literarias, que se han dado en el correr del tiempo con relación al episodio de la Guerra de la Confederación:

> 1) Los relatos expiatorios, apologéticos y justificativos hacia el experimento de la Confederación y del Protector Santa Cruz. A pesar de los crímenes políticos cometidos por el Mariscal y a pesar de los miles de peruanos que apoyaron la caída del "Protectorado", se intenta explicar la Confederación como un ensayo de la Unión Americana propiciada por el bolivarismo y se lo expone como un verdadero paso por la Tierra Prometida, donde paseó fugazmente Perú y Bolivia. Esta idea supone una invasión prepotente realizada por Chile, además de la negación del intervencionismo de Santa Cruz en el devenir político chileno y, por supuesto, la ilusa interpretación de que el "Protectorado" tenía la masiva o acaso unánime aprobación del sistema confederado (obviamente, esto exige omitir el júbilo generalizado y las fiestas que hubo en Bolivia y Perú al llegar la noticia de la caída del Mariscal). Se señala al Ministro Portales como el incitador de la acción fríamente proyectada por Chile contra ambos países, en la defensa de intereses mezquinos, a pesar de que muchos historiadores difícilmente le veían más de un par de años de existencia a la Confederación, muy dividida y sacudida por crisis internas al momento de iniciarse la guerra. Estas afirmaciones también esconden las misiones diplomáticas que Chile envió hasta el último momento a Lima, intentando evitar el conflicto.
>
> 2) Lo que Sergio Villalobos llama la "nacionalización" peruana del triunfo chileno en Yungay, es decir, plantear que el proceso de guerra fue resultado de una cuestión política interna limeña en la que Chile sólo participó de modo secundario. En este caso, los autores peruanos exaltan hasta las nubes la escasa participación del Presidente Gamarra en el aplastamiento del "Protectorado", intentando minimizar el éxito chileno en el conflicto para arrebatar a Bulnes los laureles del triunfo. Partiendo de argumentos absolutamente opuestos a los del primer caso, se destacan las divisiones internas del Perú confederado, planteando la guerra culminada en Yungay como una verdadera guerra civil, en la que Chile sólo participó en calidad de verdadero intruso. Se llega a afirmar que el General Bulnes y la segunda Expedición Restauradora estuvieron enteramente subordinadas a Gamarra, según reclaman autores como Mariano Paz Soldán, hecho fácilmente demostrable como falso.

Basadre, que aparentemente basa gran parte de su trabajo en Paz Soldán, había expuesto una interesante pero poco realista visión de Santa Cruz y de la Confederación Perú-Boliviana en su obra de 1948 titulada "Chile, Perú y Bolivia Independientes". Un puñado de entreguistas y americanistas ligados a corrientes pretendidamente bolivarianas, ha tomado ciegamente las afirmaciones del autor peruano, originadas en la profunda admiración que por entonces tenía sobre la imagen del Mariscal boliviano, enganchándolas con el proyecto de la "Confederación Americana" al que habían sucumbido hipnotizados Vicuña Mackenna, Lastarria y tantos otros. El autor peruano insiste en estos juicios en su obra "Historia de la República del Perú", en su reedición de 1971.

Todos sus émulos ignoran, sin embargo, que Basadre se retractó de la mayoría de sus dichos en 1977, al publicar un artículo titulado "Reconsideraciones Sobre el Problema Histórico de la Confederación Perú-Boliviana", ocasión en la que admite la precariedad de la estructura militar y política de la Confederación, reconociéndola como fruto de ambiciones y caudillismos y revisando muchas de las imputaciones que había formulado injustamente contra Portales en sus trabajos anteriores.



Registro Oficial de Huancayo (28 de agosto de 1839), publicado y aprobado por el Congreso del Perú siete meses después del triunfo de Yungay. Perú agradece oficialmente a Chile por su vital aporte en la destrucción de la Confederación del conquistador Santa Cruz. Un siglo y medio después, sin embargo, la historiografía oficial peruana se ha volteado la chaqueta prefiriendo condenar implacablemente a los chilenos por sus heroicos servicios, acusándolos de responder a un "plan expansionista" concebido por Portales.